

La Ilustración Artística

Año XXII

BARCELONA 12 DE OCTUBRE DE 1903

Núm. 1.137

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA VUESTRA SALUD, cuadro de Casanovas

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo segundo de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. - *El tambor del tío Gil*, por Alejandro Larrubiera. - *Distracción*, por G. de Parseval-Deschenes. - *Cuentos provincianos. Historia de una carta*, por Cristóbal de Castro. - *El monumento á Wagner*. - *Nuestros grabados*. - *Miscelánea*. - *Problema de ajedrez*. - *Por el amor*, novela ilustrada (continuación). - *Máquina barredora, regadora y recogedora Durey-Sohy*. - *Proyector eléctrico del faro de Helgoland*. - *Lo que cuesta el aumento de velocidad de los vapores*. - *La cura del sueño*.

Grabados. - *A vuestra salud*, cuadro de Casanovas. - Dibujos de Ch. Billon que ilustran el artículo *Distracción*. - *Un borracho*, acuarela de Antonio Fabrés. - *Retrato de Mme. S.*, por Antonio de la Gándara. - Varias estatuas del monumento á Wagner erigido en Berlín, obra de Gustavo Eberlein. - *Un ideal de la civilización*, escultura de Gustavo Eberlein. - *Salambó*, cuadro de E. Richter. - *Fachada del establecimiento de los Sres. Masriera y Campins*. - *Máquina barredora, regadora y recogedora Durey-Sohy*. - *Gran proyector eléctrico del faro de Helgoland*. - *La familia del gondolero*, cuadro de Alejandro Milesi. - *El pastor muerto*, cuadro de Jorge Hahn.

EL TAMBOR DEL TÍO GIL

Para tío Gil el tamborilero de Villabimes, había llegado el plazo fatal, perentorio é ineludible de pagar la deuda que todos contraemos al nacer.

No había por qué forjarse ilusiones: el buen hombre se iba por la posta. Así lo afirmaba grave y solemne D. Cleóbulo, el médico, á los parientes que ocupaban silenciosos y con cara de circunstancias la casona propiedad del tamborilero: los tales deudos no sentían grandemente la desgracia que sobrevendría, á creer en la honrada palabra del Hipócrates lugareño.

A tío Gil no le tenían cariño, porque él vivió á sus anchas, lejos de los suyos, sin otro afecto y otro cuidado que el de Lucas, un muchacho que él recogió de no se sabe dónde, y el cual, andando el tiempo, fué para el pobre viejo, amigo, criado, guía y consejero fidelísimo y amante.

A medida que transcurrieron los años, fué en progresión creciente la tierna amistad del viejo y del joven, y el que no supiera la caritativa acción de tío Gil y los viera en romerías, fiestas y holgorios, los creería padre é hijo, impresionado por la cariñosa solicitud con que se atendían y ayudaban en el alegre oficio suyo de tamborileros: últimamente tío Gil, apenas si daba un redoble en el tambor que por espacio de medio siglo le había ayudado á vivir: Lucas era el que le hacía hablar con maestría sólo comparable á la muy legítima que disfrutara su protector.

Entre ojos y clavada como espina en sus mezquinos corazones tenían los parientes la protección que el viejo dispensaba al joven, y aun murmuraban entre sí que aquello pararía en algún testamento por el cual haríase Lucas dueño y señor de la poca ó mucha hacienda de tío Gil.

Por eso puede afirmarse que el rostro de los parientes, en el desesperado caso en que se encontraba el tamborilero, atacado de una hemiplejía, más que el dolor reflejaba una mortal incertidumbre: la de saber si el buen hombre confirmaría ó no esas ruines sospechas: el único sinceramente acongojado y lloroso, el único que en sus continuas entradas á la alcoba del enfermo pedía á Dios, á la Virgen y á todos los santos con honda emoción que tío Gil no abandonara este mundo, era Lucas: al pobre muchacho podía ahogársele con un cabello, y más vale que su aflicción le nublara los ojos para ahorrarse las miradas y las muecas de aquellos egoístas lugareños que no se recataban poco ni mucho del advenedizo, como ellos decían, para expresarle su odio feroz, ni más ni menos que buitres al acecho de una presa que ven arrebatada por un enemigo.

D. Ciriaco, el párroco, había entrado en la alcoba para cumplir con sus sagrados menesteres cerca de aquella alma pronta á abandonar la mísera cárcel del cuerpo, y cuentan que el bueno del cura, al entrar en la habitación y ver que á la cabecera del lecho colgaba el tambor como recuerdo glorioso, torció el gesto, y aun parece ser que, llevado de su celo como sacerdote y de su genio un tanto vivo como hombre, tendió la mano para descolgar aquella cosa que en tan críticas circunstancias tenía él por irreverente y fuera de lugar.

Pero tío Gil, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, gruñó fieramente, y ya que no podía mover los brazos ni la lengua, reflejó en su mirada una enérgica protesta, con lo que D. Ciriaco paró en su acción algo confuso, y acercándose al viejo, pudo leer en sus ojos suprema complacencia...

Ya se tenía tragado tío Gil que aquel día sería el postrero suyo, y en el mundo de recuerdos que acudía en tropel á su mente, el tambor era sin duda para el pobre viejo lo que la bandera para el soldado, la reliquia para el religioso, el hijo para la madre...

Salió D. Ciriaco de la habitación y pocos instantes después resonaron en la alcoba los ruidosos llantos de los deudos y los comprimidos sollozos del inconsolable Lucas.

Ya en la esmeralda de los prados destacan como inquietos rubíes las tembladoras amapolas: ya resuenan en los valles los sonos alegres del tamboril y de la dulzaina: es la época consagrada á festejos y romerías, y todo es júbilo, danzas y cantos en la región montañesa.

De feria en feria y de romería en romería va Lucas con su tambor á cuestras, y en todas partes es esperado con impaciencia por la gente moza, y en todas partes le reciben con alborozo, le miman, le agasajan y le aplauden... Y sin embargo, quien tanta alegría esparce en torno suyo, anda triste y cariacontecido porque dos amarguras llenan su alma y enturbian su natural regocijado y juvenil: una es la pérdida de su maestro, hondamente sentida; y otra, la más punzadora y cruel, que le roba el humor trayéndole inquieto y pensativo, es el ver á punto de naufragar la esperanza más venturosa que germinó jamás en su existencia.

Antes de que tío Gil pasara á mejor vida, quiso el loco amor que Lucas pusiera sus ojos en Nela, la hija de tío Torrezno: la moza bien valía los suspiros hondos y las melancólicas miradas que al galán le costaba contemplar su cara de rosa de mayo, su talle flexible, su busto de armónicas y esculturales líneas y otras partes no menos ponderativas.

Nela no le oyó como quien oye llover, sino muy atenta y emocionada, que á ella tampoco le parecía saco de patatas el airoso gavilán que pretendía llevársela del nido paterno... El padre de la moza era tenido en el lugar por hombre adinerado y harto ambicioso de acrecentarlo... Lucas, gentil mozo sí era, de natural dispuesto y trabajador..., pero no tenía un ochavo... Esta suprema razón crematística que tantos desavíos y desdichas ocasiona á diario, si bien ensombrecía el idilio de los novios cuando en tan prosaica materia detenían el pensamiento, alentábales la esperanza de que tío Gil los sacaría del atolladero, porque nadie mejor que él podía acercarse á tío Torrezno, su pariente, y contratar con su más y su menos la boda.

Pero tío Gil se despidió en mal hora de este mundo y dejó á los chicos terriblemente chasqueados.

Presumió Lucas que acaso su protector habríase acordado de él en su testamento: otra esperanza desvanecida: tío Gil había muerto *abintestato*, y por consiguiente, según la ley, entraron á heredarle los suyos, los de su sangre, y el predilecto de su alma, el que él recogió de chiquito y crió como á hijo propio, quedóse lindamente en la del rey con lo puesto... y con el tambor de tío Gil, que el mismo tío Torrezno hubo de darle con socarronería de palurdo, diciéndole:

- ¡Ahí tienes esa joya, hombre!.. Con ella se ganó la vida el pobre Gil..., y tú harás lo mismo, que bien sabes repiquetearle.

Si al mozo le hubiera valido, le hace probar de un modo contundente la joya á su magnánimo donante.

Apremiado por Nela y más aún por su penosa incertidumbre, Lucas se decidió á hablar «claro» á tío Torrezno.

Escuchóle el hombre sin pestañear, sin que una réplica saliera de sus labios: en su rostro vagaba una sonrisita capaz de helar el ánimo al más arrojado pretendiente.

Al fin de la trabajosa relación de Lucas, que discurría un poco mejor que un nogal, díjole el tío Torrezno calmoso y sin abandonar su sonrisita:

- Está muy bien cuanto acabas de decirme y fuera yo muy mal educado si no te agradeciese lo mucho bueno que al respetive de la mi Nela has parlao; pero, hijico, una cosa es ser agradecido y otra es ser padre... Mejor que á nadie te daría yo la chicuca... y muy honrao, eso sí, porque tú, dicho sea sin *alabancia*, eras un hombre de bien y á carta cabal; pero el caso es..., el caso es...

Detúvose tío Torrezno como si no atinara á con-

cluir la frase iniciada: en realidad, no se le ocurrían palabras que mitigaran el amargor de su repulsa.

- El caso es, prosiguió al fin, que yo quiero para la mi Nela un hombre así, de tus prendas, pero que me traiga en los bolsillos algo que suene y que ayude á llevar la carga... Los tiempos están cada vez más rematadamente de malos... Yo..., yo no tengo más que cuatro terrones..., con los que no saco ni para pagar la contribución... Bueno es quererse, pero el día en que no haya un céntimo, no vais á llenar la olla con vuestro cariño... Y no quiero que mi hija se vea en tales apuros..., y... ya me entiendes, hombre, ya me entiendes... Con *fantasías* del querer no se vive... El día que me traigas unas cuantas onzas, entonces sí, muy bien, si es que la mi chica te aguarda, que para mí que no te aguarda.

Acabó ahí tío Torrezno, y Lucas, después de balbucear palabras sin sentido, fué renegando de su pobreza, de su negra suerte, de la avaricia de los padres y de la hora en que se le ocurrió hablar á aquel demonio de viejo que llamaba «fantasía» al cariño inmensísimo que él tenía por Nela.

Yo no conozco al diablo, y creo, lector, que tú tampoco habrás tenido tan malaventurada suerte; pero debe de ser, hipotéticamente hablando, el más peligroso y divertido de los enredadores que se goza en preparar sorpresas estupendas á los mortales.

Digo esto porque Lucas, desde el punto y hora en que oyó de labios de tío Torrezno la repulsa que le alejaba de su ídolo, andaba como vulgarmente se dice «echando las muelas», con un humor de condenado, una excitabilidad nerviosa propia de niña mimada y el rostro hecho un puro vinagre... Para que el contraste fuera más irónico, el mozo tenía que estar tocando el tambor en el centro de la plaza ó bajo los castaños divirtiéndose á los romeros.

Repicaba fuerte, y á veces, olvidándose de que el parche no era la cabeza del tío Torrezno, atizaba un redoble que parecía cosa de milagro que la piel no saltase... En una de estas, los palillos coláronse en la caja á través del parche, que se rompió violentamente por la mitad.

Lucas, por vez primera en su vida, soltó un terno de los más enérgicos y espeluznantes (Dios no se lo tomaría en cuenta), y dió por terminada su misión en el baile: era preciso recomponer el instrumento echándole piel nueva.

Y con él á cuestras emprendió el regreso á su aldea, y en el camino dió de manos á boca con el odiado tío Torrezno y con su adorada hija.

- ¡Quel, hubo de preguntarle el viejo, admirado de verle retornar á plena tarde, ¿no tocas hoy en Villasuso?

- De allá vengo, gruñó Lucas, más atento á Nela que á su interlocutor.

- ¿No hay baile?, insistió éste.

- Sí, baile sí hay, lo que no hay es tambor: se me acaba de romper el parche.

- Lo siento, hombre, lo siento, porque el tamborcito ese es una alhaja... ¡Ea, adiós, que nos vamos á dar una vuelta por la romería!..

Refunfuñó el mozo un «¡Maldita sea tu estampa!», dirigió á su novia una mirada intraducible y reanudó su viaje.

Dirás, lector, si eres impaciente, que no atinas por qué más arriba he sacado á relucir al diablo, cuando cosa de tan poca substancia va sucediéndose en esta vulgarísima historia.

La diablura entra ahora, y es que al llegar á su casa el tamborilero y poner sobre una silla el maltracho tambor, advirtió sorprendido que por la parte interna corría pegada al aro en toda su circunferencia una tira de badana, aditamento jamás considerado preciso en tales cajas de música... Entre curioso y sorprendido, metió Lucas la mano para tantear la tira, y en el tanteo notó que sus dedos se hundían en ella como si estuviese forrada de papel: intrigado ya y valiéndose de una navaja, rasgó con tiento la badana y vió atónito caer al fondo del tambor, sobre el parche incólume, unos paquetitos de papeles azules, verdosos y encarnados, como mazos de estampas... Cogió uno de éstos y advirtió con emoción, que cualquiera en su caso experimentaría, que eran billetes de Banco. Sin duda aquellos eran los ahorros de tío Gil, que no encontró para guardarlos caja más segura y apropiada que la del instrumento que le había proporcionado tales ganancias.

Contó Lucas tembloroso lo que sumaban aquellos papelitos y vió que pasaba de los mil duros... ¡Doble de lo que podía valer la hacienda del tío Torrezno!..

Indudablemente hay una Providencia para los enamorados.

ALEJANDRO LARRUBIERA.



Por un convenio tácito se ha reservado el balcón á los jóvenes...

DISTRACCION

Muchos son, entre la honrada clase media provinciana, los matrimonios que no tienen otro origen: intermediarios oficiosos, con ó sin mandato y á menudo por casualidad, que se comunican propósitos convencionales acerca del porvenir de personas que por una ú otra razón les interesan.

De una parte, un joven simpático de veintiocho años, licenciado en derecho, teniente auxiliar de la reserva, regresado recientemente al hogar paterno después de haber dado un vistazo al mundo; ocúpase de caza, de caballos y á veces, aunque poco, de las vecinas. Sus padres temen que pronto no le basten estas distracciones y que se dé al ajenjo ó se deje prender en las redes de alguna intrigante; por esto quieren que se cree una familia y que eche definitivamente raíces en el suelo natal. A más de lo dicho, es rico, carece de defectos y tiene todavía la dentadura completa, la cabellera poblada y, si es preciso, también ilusiones; ahondando un poco en su alma, hallaríamos asimismo un fondo de creencias que se han secado por falta de cuidado, pero que un cultivo inteligente podría con facilidad hacer retoñar.

De otra parte, una joven dotada de las mejores cualidades: diez y ocho años, bien educada, no tonta, música, piadosa; carácter dulce, salud envidiable, buena dote y muchas esperanzas. No harían mal sus padres en dirigir sus inclinaciones tomándole la delantera, á fin de no verse obligado á contrariarlos si se retrasaban.

Tal es el punto de partida de la entrevista que se verifica en un baile: ella, no advertida ó por lo menos haciendo ver que no lo está, según las conveniencias sociales exigen, pero coronada de flores y adornada con todos los refinamientos propios para realzar su gracia y su belleza; él, prevenido como todo aficionado puesto delante de un cuadro de gran precio que le enseñan en las mejores condiciones de luz para tentarle, pero protegido por el mundano anónimo del frac negro.

Habiendo estos preliminares dado por resultado el que los interesados consintieran en trabar más amplio conocimiento, se ha reunido á éstos en una comida íntima, destinada además á inaugurar las relaciones de los padres, la cual comida se celebra en casa de la señorita.

Después del café, los dos padres y las dos madres hablan en un extremo del salón; por un convenio tácito se ha reservado el balcón á los jóvenes, á quienes se ha conferido desde aquel momento el derecho de amarse y el privilegio de decirselo; derecho encantador, privilegio precioso cuyo ejercicio no deja de producirles cierta turbación, pues no saben por dónde empezar: la experiencia del prime-

ro y la inocencia de la segunda les embarazan por igual.

El lugar en que la escena se desarrolla es, sin embargo, maravilloso: el balcón, ancho y profundo, amueblado con grandes sillones de junco y adornado con arbustos de lozano follaje, avanza formando promontorio en el vacío sus balaustres de piedra y el toldo elegante que lo cobija; la casa se levanta á un extremo del arrabal, la ciudad está lejos y sus rumores expiran antes de llegar á aquel sitio... Enfrente, ningún vecino indiscreto; no hay más que la campiña que se extiende sombría y tranquila, en la serenidad límpida de una hermosa noche de mayo.

Él está apoyado de espaldas al salón y busca el modo de entrar en materia; ella se ha deslizado instintivamente entre los arbustos que medio la ocultan, lo cual tranquiliza poco ó mucho su natural timidez, aumentada por un púdico azoramiento de circunstancias, y con un ramo en la mano, el reglamentario ramo blanco regalado por el novio, espera...

Los corazones laten; en torno suyo pesa el silencio, misterioso y conturbador como la negra sima abierta á sus pies que la noche llena de invisibles amenazas.

* * *

Esta sima, en realidad, no tiene nada de espantosa; fórmala simplemente la calle ordinaria, con la trivialidad de su polvoriento suelo de grava, sus montones simétricos de guijarros y sus cunetas en cuyo fondo permanece estancada el agua de las últimas lluvias. No menos trivial ni más terrorífico es el silencio en que la ansiedad de los dos jóvenes se consume; está lleno de lo que han de decirse, que el uno conoce perfectamente y la otra adivina y que ni á uno ni á otra asustan.

¿Por qué, pues, ese extraño malestar cuando, por no encontrar mejor recurso á pesar de sus esfuerzos, el joven se decide á proferir la siguiente afirmación, cuya absoluta sinceridad no logra imprimir mayor seguridad á su voz: «El tiempo es magnífico!..» ¿Y por qué la muchacha, ocultando tras de su ramo su rostro encarnado como la grana, se apresura á responder muy bajito, en el mismo acento convencido y tembloroso: «¡Oh, sí, magnífico!»

Aun siendo tan insignificantes, estas vulgares palabras les hacen obedecer simultáneamente, como movidos por la acción de unas riendas ocultas, á la necesidad de aproximarse: el joven se vuelve y apoya los codos en el balcón, adonde acude también á apoyarse su compañera. Con el cuerpo inclinado hacia afuera y rodeados de tinieblas, interrogan el camino que la obscuridad subtrae á sus miradas. Un encanto indefinible que no logran turbar el

temor vago y la confusa angustia que con él se mezclan, les inmoviliza, llenándoles de una dulce emoción que les hace desear que toda su existencia transcurra de aquel modo.

De pronto, una voz infantil, ágil y fresca, sube de lo invisible suspirando palabras extranjeras con acompañamiento de mandolina. Los dos jóvenes se estremecen y se miran, y en el brillo de sus pupilas se cruza la misma pregunta muda: ni uno ni otro tendrían suficiente presencia de ánimo para formularla con bastante precisión, para expresarla con palabras; de sus ojos brota la soberana preocupación que les domina, tan penetrante que instantáneamente se comprenden sin necesidad de recurrir á esta larga perífrasis: «¿Será aquel á quien esperamos y que, oculto en la sombra, estaba muy cerca de nosotros cuando le creíamos muy lejos... el amor?»

Y sin embargo, no es sino un chiquillo italiano que al pasar por delante de la casa y al ver la iluminación, se ha detenido antes de terminar su etapa, para cantar algunas romanzas populares de su tierra y ver si aumentaba los mezzquinos ingresos de su jornada.

Ambos escuchan silenciosos; pero el muro que la aprensión había alzado entre ellos va bajando poco á poco; el lazo secreto del placer compartido les sujeta y les estrecha cada vez más, merced á ese concierto que á una les cautiva. Por esto el silencio ha dejado de ser penoso y parece como que revolotea al compás de la melodía, ora alegre, ora melancólica, cuyo sentimiento ingenuo y tierno les acaricia... Él piensa que aquella hermosa joven será pronto su esposa, y ante este radiante ensueño todo palidece; ella no se atreve á ahondar en el porvenir, velado por inquietas esperanzas, y la embriaguez de la hora presente reaviva inopinadamente, para perfumar su emoción actual, el recuerdo de otra emoción hasta entonces la más fuerte de su vida.

* * *

Era en el anterior verano, en una noche como aquella, serena, apacible; su padre, su madre y ella descendían del vagón en la cumbre del Righi, adonde habían ido para presenciar la salida del sol. A la mañana siguiente, los tres subían al Kulm en medio de la bruma crepuscular y en compañía de otros cien excursionistas de todas edades, procedentes de las cinco partes del mundo, soñolientos, con los ojos hinchados, envueltos en capas y mantas de las más extrañas formas y mezclando en una charla cosmopolita los idiomas ordinarios de las mesas redondas suizas.

Todos se habían tomado la molestia de escalar la montaña y de saltar de la cama á las tres de la madrugada, al oír la señal dada por el cuerno de los Alpes, á fin de asistir á un espectáculo que por la trivialidad de sus elementos debiera haberles hecho dar de antemano por experimentada la sorpresa que se prometían.

Sin embargo, la impresión de respeto que dominaba á aquella masa heterogénea de hombres y mujeres completamente extraños unos á otros, sin cohesión, codeándose por azar por primera y última vez, que se dispersarían antes de terminar el día y probablemente no volverían á encontrarse nunca más, tenía tal poder que muy pronto ningún ruido turbó el recogimiento silencioso y grave de aquella multitud que tenía clavados los ojos hacia el Oriente.

Y la joven se recordaba delante de la frágil balaustrada de madera tendida á lo largo del abismo, exactamente en la misma actitud en que ahora se hallaba delante del balcón. Como entonces, esperaba ahora la aparición de un fenómeno familiar y grandioso á la vez, que iba á surgir de entre las sombras...

La misma sed de lo desconocido comunicábale la misma emoción, mezclada de enervante angustia. Y en ciertos momentos las dos situaciones confundían su semejanza en una embriaguez tan parecida, que, cerrando los ojos para saborearla mejor, no sabía si el soplo que rozaba su frente ardorosa era la brisa de la noche ó el beso áspero de la aurora...

La ilusión se completaba hasta con el canto del muchacho italiano, cuya monotonía acariciadora como un murmullo y vibrante al compás de la mandolina, le recordaba el zumbido y el rumor de alas de los grandes insectos del Righi que revoloteaban en la claridad indecisa que no era ya la noche, pero que tampoco era el día en toda su plenitud.

También en ella cercanos horizontes, todavía sombreados y humedecidos por la savia juvenil, se iluminaban con presentimientos luminosos, como la obscuridad que desgarraba entonces sus últimos jirones y los arrastraba por los vecinos picos bañados de rocío.

El espectáculo de la mágica aparición que tanto la había impresionado entonces, resucitó en su pensamiento en el mismo instante y parecióle que de nuevo lo presenciaba. Y volvió á ver cómo aquel punto rojo que aparecía de pronto como un dedo ensangrentado, trazaba en el vapor grisáceo su fulgurante surco sobre las cimas iluminadas; y nuevamente vió la luz, extendida á modo de sábana deslumbrante, que penetraba en los límites extremos adonde sus miradas se dirigían antes de que la reflexión le dijera: «¡He ahí realizado el fenómeno! ¡Ha salido el sol!»

El amor le reservaba el asombro de ver que había tomado posesión de ella con la misma instantaneidad desconcertante, aunque también esperada.

* * *

Acababa de extinguirse la canción en su último acorde y el muchacho cantor pedía una limosna. La joven le arrojó su ramo, y con un movimiento simultáneo depositó en la mano de su novio, que oprimía dulcemente la suya, la limosna que tenía preparada para el músico ambulante, una modesta moneda de un franco. Al hacerse cargo de su distracción, bajó confusamente la cabeza; pero su prometido la atrajo suavemente hacia sí, y en un soplo de cariño

apasionado que agitó deliciosamente sus cabellos, murmuró:

«¡La conservaré toda mi vida!»

E inmediatamente bajó á buscar el ramillete y á indemnizar al cantor, á quien dió una moneda de veinte francos.

Presa de la mayor confusión al ver que ya no se pertenecía y que se había vendido antes de haberlo

en el patio, al fresco. Mis padres, mis hermanas, mis primas, los amigos de mi pandilla — todos *los míos* — estaban allí contemplándome, llenando el aire de risas y de cuchicheos y mi corazón de contento y de gloria.

Yo refería escenas del colegio, chistosos lances estudiantiles, entre los cuales se destacaba, amable, pero severa, la figura del padre rector.

De pronto, una de las criadas, entre los revuelos del almidoñado vestido y el flamear de los cabos del mantón al pecho, llegó desde el portal voceando:

— Señoritas... Por ahí viene *la forastera*.

Sin motivos, me dió un vuelco el corazón. Tenía yo entonces quince años, y mi alma, que entreabría el capullo de sus deseos, tembló de gusto, adivinando en aquella forastera tan celebrada á la niña bonita y sin rival por quien yo, en la soledad de los claustros, había suspirado tantas veces...

Corrieron mis hermanas y mis primas á asomarse, y tras ellas corrí yo, en una gustosa ansiedad. Llegamos á la puerta que ni llamados con campana: calle arriba, de bracete con una señora de luto, vi á la gallarda forastera.

Venía hacia nosotros con graciosa naturalidad, entre

simpática y altiva, pisando con firmeza andaluza, garboso el talle, el mirar risueño, el aire de princesa y toda ella tan delicada y juvenil, que mis arrogancias de Bachiller se tornaron en humildades de pretendiente.

¿Quién era yo, pobre colegial *palurdo*, al lado de aquella flor de la elegancia, cuyo costoso sombrero de *Madrid* iba pregonando distinción y finura?

Frente por frente de mi casa, los *pollos* del Casino adoptaban sus más gallardas aposturas, como soldados á quienes va á revistar su reina. Yo me comparé con todos y con cada uno, y sufrí lo que no es decible: el que menos, era tan rico como yo; al que más, le llegaba, en estatura, al hombro, y en estudios muy por debajo; puesto que en aquella fila de señoritos ya hombres y bien puestos, mostrábase toda una parva de estudiantes de Universidad..., y yo, pobre de mí, aún tenía mi expediente en los archivos del colegio...

Pensar todo esto fué cosa de segundos, pues la niña estaba ya á dos pasos, y no era cosa de perder el tiempo, sino de verla y examinarla á placer.

En aquel memorable instante en que la forastera enfrentó conmigo, tenía yo la vida como en suspenso. Sin habla y sin respiración, entre esperanza y tembloroso, puse mis ojos en su cara. Y vi, y todos lo vieron y lo pregonaron después, que mirándome como si de antiguo me tratara, me saludó graciosamente por mi nombre.

Fuera de mí por aquella dicha tan de repente, apenas si entendí las mil preguntas de mis primas y de mis hermanas.

— ¿De qué la conoces?

— ¿Es de Granada, di?

— ¡Vaya con el niño! Y se hacía de nuevas...

— Y no quería asomarse... *Cuando digo que te adoro...*

A todo esto, mis padres y mis amigos habían acudido á la novedad, con lo que pasó la broma adelante y yo me vi en un grande apuro, porque buscando y rebuscando en el magín, no daba con el motivo de que la forastera me hubiera saludado por mi nombre.

¿Dónde y cuándo y cómo había yo tratado á aquella niña?

Rodeé la cara y vi que la criada nueva, cavilosa y bonita, arrugaba entre las manos su blanco delan-



A la mañana siguiente, los tres subían al Kulm...

sospechado siquiera, la joven permaneció en el balcón, esperando todavía... ¿Acaso no nos pasamos toda la vida esperando?. Esta es la más clara de cuantas lecciones nos enseña la experiencia. Pero la brusca interrupción de esta alegría divina, apenas entrevista, evaporada al nacer, que sólo ha probado sin tiempo para saborearla y retenerla, ha engendrado el pesar de su brevedad cruel; simultáneamente ha nacido la duda. El rayo de voluptuosidad ideal que ha brillado un fugaz instante, que procede de él y que con él ha desaparecido, ¿brillará nuevamente cuando él vuelva á subir dentro de un momento?..

¡Quién sabe! Tal vez sí; y sin embargo, nada hay menos probable. ¿Cuál de nuestras felicidades desvanecidas renace á nuestro llamamiento? ¿Cuál se ha dignado cumplir todas sus promesas? Y aun las mejores son las que pasan rozándonos, se posan en nosotros un instante, y emprenden de nuevo su vuelo; siquiera éstas, por lo mismo que no acaban, conservan su pureza.

Durante mucho tiempo, perseguiré ese incomparable esbozo de felicidad sobrehumana, con la esperanza de completarla, y cuando vea que no lo consigo, se resignará y acabará por renunciar á ello. Después, como otras muchas mujeres despechadas por no encontrar en el matrimonio lo que su imaginación se había forjado, sacará, para sus adentros, la conclusión de que la cosa no valía un franco, ni siquiera diez céntimos; pero se consolará pensando que su marido, que evidentemente debió dar al músico ambulante una generosa recompensa, habrá pagado mucho más cara que ella la demostración práctica de esta gran verdad.

G. DE PARSEVAL-DESCHENES.

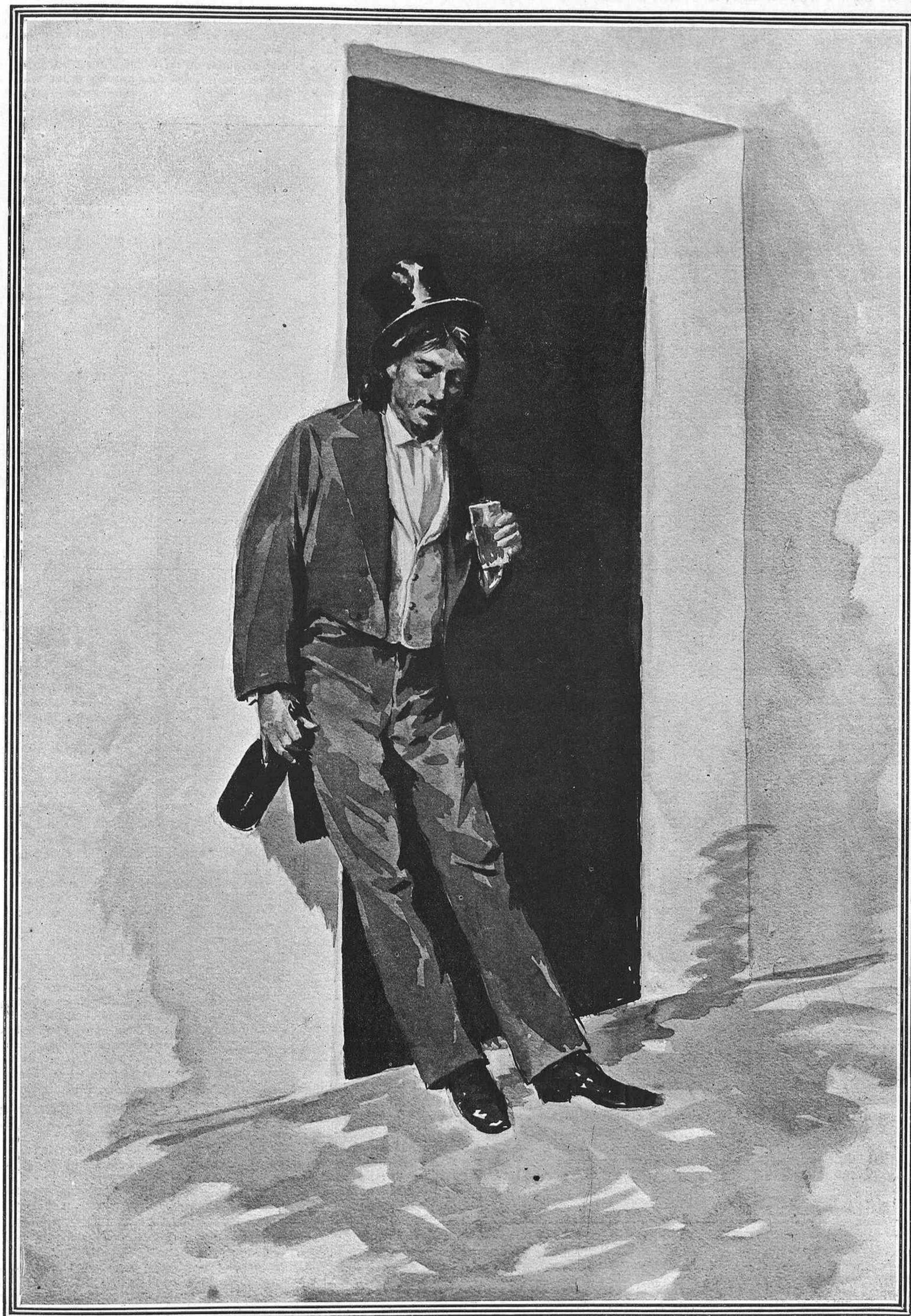
(Dibujos de Ch. Billon.)

CUENTOS PROVINCIANOS

HISTORIA DE UNA CARTA

Conforme llegué al pueblo y se corrió la voz de que llegaba en son de triunfo, con mi flamante título de Bachiller, fué mi casa un jubileo de parabienes.

Era en julio, de noche, y nos habíamos sentado



UN BORRACHO, acuarela de Antonio Fabrés

tal de peto... Cuando notó mi fisgar, salió hacia el patio, llevando una regadera que relucía como la plata. Y luego, internándose por los arriates de dompedros, se puso á regar cantando:

¿Pensamiento, *andé* me *yevas*,
que no te *pueo* seguir?..
¡No me metas en honduras
de *andé* no *puea* salir!.

Las matas de dompedros revivían al chorro del agua fresca y reidora. La moza nueva, con los ayes de su doliente voz juvenil, aparecía — entre flores y á la claridad de la luna — como la visión de una princesa encantada. Y yo, con el corazón en las palabras y el alma en los ojos, lloré de ansias de amor, mientras componía un delicado madrigal...

* *

Torpe anduve en lo de recordar mi amistad con la forasterita. En toda la noche ni pegué los ojos ni conseguí otra cosa que acalenturarme; y cuando ya clareaba el día, me determiné á enviarla dos letras en solicitud de una entrevista para hablarla de nuestra amistad y servirla de guía en cuanto al pueblo se refriese.

Dados su talento y discreción, era de suponer que penetraría la idea de mi carta, la cual idea, está claro, tiraba á relaciones. Y sin pensarlo más, en uno de los más dulces prontos de mi vida, entré en el comedor, donde ya me esperaban para el almuerzo.

Consulté el caso con mis hermanas y primas, y una de éstas, que en punto á noviazgos y pretensiones era profetisa, salió con el cuento de que no hacía al caso escribirla, sino visitarla; y que, luego de tanteado el terreno y renovada la amistad, procedería la carta amorosa.

Muy de peso era el parecer de mi prima Carmen; pero mayor fué mi impaciencia. Y así, desoyendo tan esclarecida opinión, llamé á la criada nueva, y con mucho recato, hablándola al oído y machacando bien en el recado que había de dar, puse en sus manos el sobre y mi esperanza.

Las curiosas de mi familia — y estoy por decir que mi familia de curiosas, pues mientras yo daba el recado habían ellas formado corro y alguna alargaba el cuello para enterarse — salieron con bulla á la puerta.

Querían ver por sus ojos cómo la criada entraba y salía del portal de la forastera, y tal vez estudiar mi impaciencia por mis gestos.

Calle abajo, garrida y despaciosa, como quien va de mala gana, iba la criada nueva con mi carta de amor.

Al llegar al portal, se detuvo, miró hacia nosotros, nos pareció que titubeaba y por fin la vimos entrar.

No quiero referir las bromas, pullas y redichos que llovieron sobre mi intranquilo ánimo de pretendiente. Primas y hermanas y hermanas y primas rivalizaron en crueldad. Y si la una me predecía calabazas, la otra apostaba á que la carta volvería sin abrir.

En esto salió la criada, y á buen paso, con la color encendida y la vista al suelo, vino á decirme: «Que ya le dará contestación.»

Ellas, todas á una, soltaron el trapo. La moza me

miró como con pena. Y yo, mohino y sufriendo, entré en el despacho de mi padre.

* *

Tres días con sus noches esperé, en una ansiedad dolorosa; pero la carta no venía. ¿Qué hacer? ¿Volver á escribir?



Retrato de Mme. S., por Antonio de la Gándara

Recurrí á mi prima Carmen, y se le antojó un desatino y una ridiculez. Mis hermanas fueron de la misma opinión y hasta comenzaron á murmurar de la buena crianza de aquella señorita *pilonga*. «¡Hase visto, no contestar á la carta de un muchacho como tú!.. ¿Qué se habrá figurado esa orgullosa?.. Pues para ser hija de un juez, gasta humos de princesa rusa. ¡Hase visto!..»

Malo es que comience la murmuración, pues como las sangrías sueltas, no tiene cura. Y mal lo hubiera pasado la forasterita si el juez, su padre — queriendo reunir en su casa á la flor del señorío y entrar en relaciones y amistad con todos, — no hubiera invitado á una reunión en la cual, según ya se corría por el pueblo, su niña iba á mostrarnos mil prodigios y habilidades en el piano y la guitarra.

Llegó la hora del convite, y yo, á la cabeza de un plantel de muchachas, algo amoscado porque ya eran públicas mi carta y pretensiones, llegué á la casa del juez.

Cambiados los saludos de rigor, la forastera, contra lo que yo esperaba, se mostró conmigo ceremoniosa en demasía. Ni siquiera me recordó lo que era del caso; el tiempo y el lugar donde nos conocimos, que yo había olvidado, y ella, según he re-

petido varias veces, debía de tener en la memoria, puesto que me saludó por mi nombre.

Comenzó la fiesta con gran tirantez y recelo entre ambos; en ella, sin motivo explicable; en mí, por las razones ya dichas y sobre todo por lo de no hacer mención de mi carta. Pues qué, ¿tan en poco me tenía á mí, ó tan en mucho se tenía á ella, que ni siquiera me hacía acreedor á contestarme? Tanto me picó esta idea, que me decidí á ir de frente. Y aprovechando cierta ocasión, hube de darla quejas por su silencio.

— ¡Cómol.. Si soy yo quien está quejosa de usted.

— ¿Usted de mí?

— ¡Y tanto! Yo, el primer día en que le he visto, saludé á usted por su nombre. Lo menos que se podía esperar al día siguiente era una visita... Lo menos que á los dos días se podía esperar era una carta, excusándose...

— ¿Y no tiene usted una carta mía?

— ¿Yo?.. ¿Yo?..

* *

Cuando volví á mi casa me dijeron que la criada nueva se había despedido por la tarde.

Desde entonces no la he vuelto á ver... Y desde entonces, ¡cuántas veces la he visto entre sueños — con el alma en flor y el cuerpo sano y adorable, cavilosa y bonita — aparecérseme en el patio, entre flores, á la claridad de la luna, regando los dompedros!.. Y en mis días penosos y en las horas más crueles para mi corazón, ¡cuántas veces he oído, y cuántas he de oír, aquella copla memorable:

¿Pensamiento, *andé* me *yevas*,
que no te *pueo* seguir?..
¡No me metas en honduras
de *andé* no *puea* salir!..

CRISTÓBAL DE CASTRO.

EL MONUMENTO

Á WAGNER

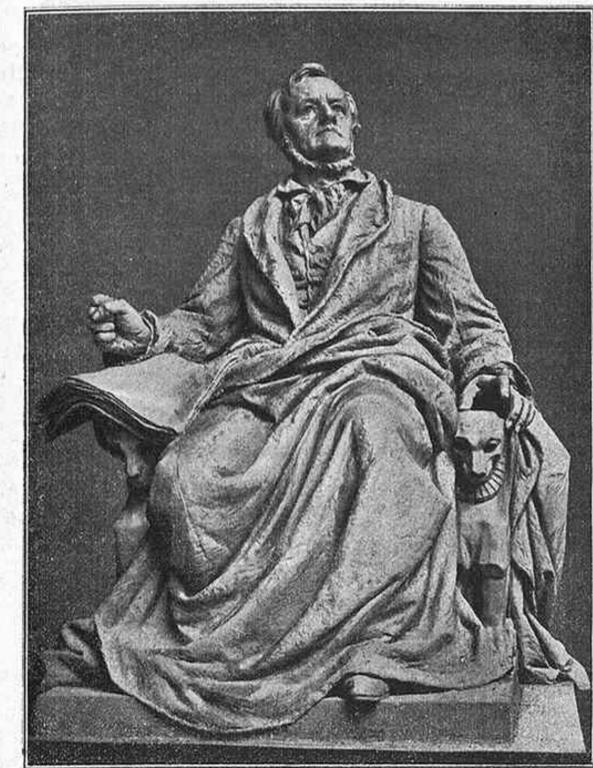
A pesar de lo pródigos que son los alemanes en monumentos á sus hombres más célebres, hasta ahora, es decir, hasta veinte años después de

su muerte, no ha tenido Wagner el que le correspondía por tantos títulos. Mentira parece que Alemania, tan celosa de sus glorias, no haya consagrado antes oficialmente la fama del inmortal compositor; más todavía lo parece que la iniciativa particular, que con desinterés digno de las mayores alabanzas se propuso suplir el olvido de los poderes públicos, no sólo no se haya visto ayudada en su meritisíma obra, sino que haya tenido que luchar con grandes dificultades y sufrir no pocas amarguras para llevarla á cabo.

Mucho podría decirse acerca de las causas de esta anomalía, causas tal vez dependientes de la vida misma de Wagner, de la lucha titánica que hubo de sostener contra la mentira y el falso arte, de los enemigos que se creó con sus opiniones políticas y con sus teorías musicales; pero aun siendo todo esto cierto, resulta tan mezquino al lado del genio potente del gran músico, que ni siquiera aparentemente puede justificar el incalificable desvío con que la memoria de Wagner ha sido tratada por sus compatriotas.

Ricardo Wagner se hizo sospechoso á los gobiernos de su país por la participación que tuvo en las jornadas revolucionarias de Dresde de 1849, se indispuso con las clases privilegiadas pronunciando

algún tiempo antes de aquella asonada en una reunión pública el célebre discurso en que pidió, entre otras cosas, la supresión de la nobleza, y atrajo contra él las iras de los músicos y directores de teatro cuyo mercantilismo denunciaba; de suerte que se enajenó á la vez las simpatías de los podedores y de los que entonces dictaban, por decirlo así, la ley musical. A pesar de ello, no tardaron en agruparse en torno de Wagner algunos adeptos entusiastas de todas las naciones, fervientes propagandistas de sus teorías artísticas y de su música, y gracias á esto, á la protección del rey Luis II de Baviera y sobre todo á la fuerza del genio, que acaba por vencer en los más desiguales combates y por salvar los obstáculos al parecer más invencibles, el ilustre maestro de Bayreuth al fin se impuso y sus obras han triunfado en todas partes.



RICARDO WAGNER, estatua que corona el monumento recientemente inaugurado en Berlín, obra de Gustavo Eberlein.

Este triunfo grandioso, inmenso, no ha sido, sin embargo, bastante á apaciguar los rencores de los espíritus pequeños que por desgracia abundan, si no son mayoría, en todas partes; y de aquí la tar-

del caballero Possart, intendente general de los teatros reales de Munich, y el conde de Seebach, intendente general de los teatros reales de Dresde.

El emperador Guillermo II patrocinó el Comité, decretó que el monumento se alzase en uno de los sitios más deliciosos del Thiergarten, cerca de las estatuas de Schiller y Goethe, convocó un concurso entre los escultores alemanes y se interesó tanto por el boceto premiado, obra del famoso artista berlinés Gustavo Eberlein, que hasta llegó á indicarle algunas modificaciones de bastante importancia, que el escultor aceptó.

Según parece, una de las estatuas que adornan el pedestal del monumento, la de Wolfram, es una idea personal del soberano. En el proyecto primitivo, esta cara del pedestal no contenía más que el nombre grabado de Wagner.

— «Encuentro, parece que dijo el emperador á Eberlein, que falta aquí algo; este sitio se me figura demasiado vacío, y si lo ocuparais tal vez podríais llenar una laguna de vuestra obra. Porque en este monumento, en donde están representados Wagner

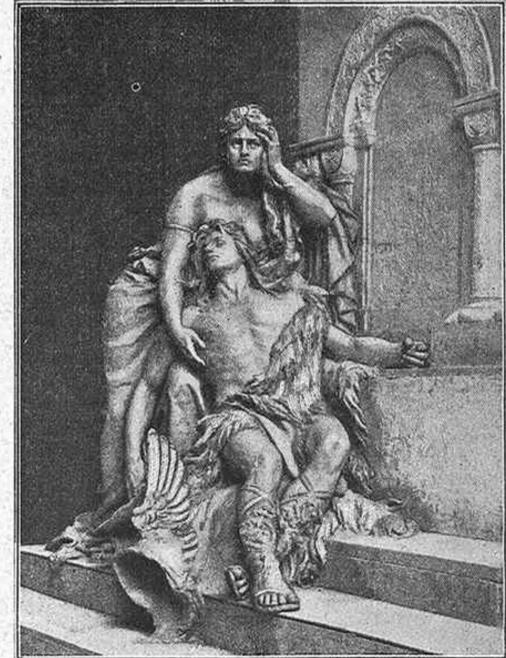


MONUMENTO Á WAGNER. — Estatua de Wolfram

y su genio musical, ¿no opináis que debiera tener un puesto el *lied* alemán, nuestro hermoso *lied* popular, fuente de tantas obras maestras? Quisiera verlo al pie de esta estatua, con el laúd en la mano

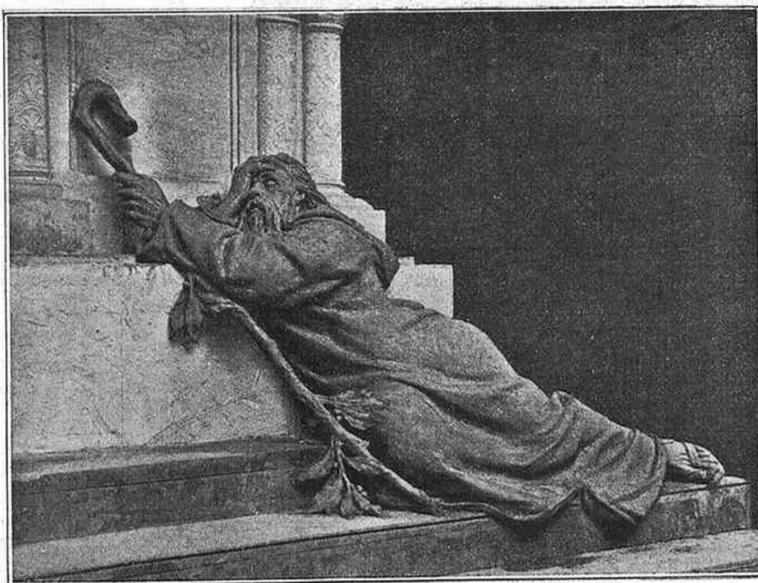
El monumento se compone de un pedestal sobre el cual se alza la estatua de Wagner, sentado en un sillón, medio envuelto el cuerpo en una capa y en actitud como sorprendida en un momento de inspiración. En las cuatro caras del pedestal se ven dos figuras sueltas y dos grupos: las primeras son las de Wolfram, con la cabeza levantada hacia el maestro, á quien parece saludar con la mano derecha, y la de Tannhauser, vestido de peregrino, empuñando el tosco cayado y desplomado en el suelo bajo la pesadumbre de la maldición que sobre él pesa; los segundos representan, el uno á Brunhilda sosteniendo en su regazo el cadáver de Siegfriedo, herido por Hagen, y el otro al Nibelungo Alberico, con el oro que ha robado, y á una de las hijas del Rin que en vano pretende con sus caricias que el raptor le devuelva su tesoro.

Con motivo de la inauguración de este monumento se han celebrado en Berlín grandes fiestas, á las que han acudido los más notables músicos y los más ilustres aficionados de todo el mundo. Las principales de ellas han sido una velada-concierto en el



MONUMENTO Á WAGNER. — Grupo de Brunhilda y Siegfriedo

Reichstag, en el que tomaron parte, entre otros, Ernestina Schumann-Heink, muy popular en Alemania, y el famoso barítono Delmás de la Opera de París, y un banquete de 800 cubiertos en el Winter-



MONUMENTO Á WAGNER. — Estatua de Tannhauser

danza en rendir á Wagner ostentosamente el tributo de admiración á que tenía indiscutible derecho el genio creador más poderoso de la Alemania moderna.

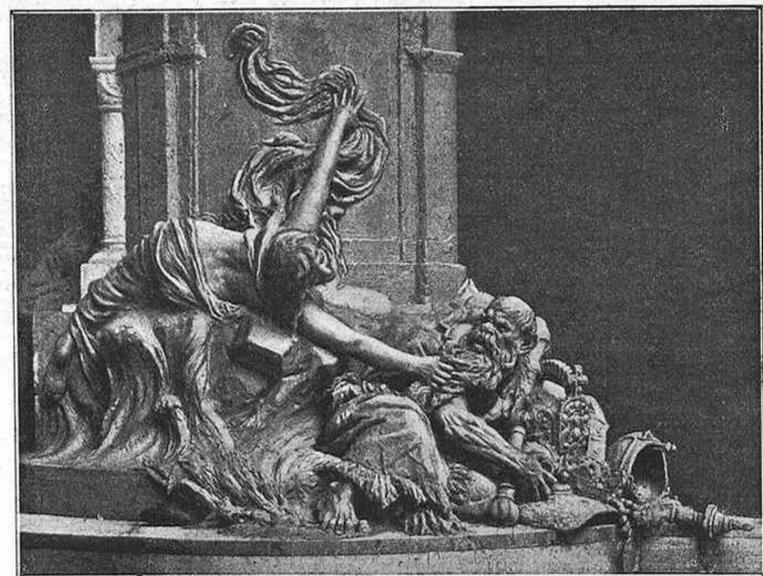
Para la erección del monumento, debido á la munificencia de un particular, nombróse hace algún tiempo un comité del que formaban parte el príncipe Luis Fernando de Baviera; la princesa heredataria Carlota de Sajonia-Meiningen; el príncipe Federico Enrique de Prusia; el teniente general; barón de Duicklage-Campe; el consejero real L. Leichner; el profesor Herman Eude, presidente de la Real Academia de Bellas Artes de Berlín; el barón Gans, intendente general del teatro de Stuttgart; el chambelán de Hulsen, director general de los teatros reales de Berlín; el conde de Hochberg;

y el cuerpo erguido, en un impulso de entusiasmo, hacia el maestro inmortal que lo ha glorificado.»

Y dícese que después de un instante de reflexión, añadió Guillermo II.

— «Evidentemente convendría escoger, entre los personajes de Wagner, el que mejor encarnase nuestra canción popular; yo quizás escogería á Wolfram de Eschenbach, el trovador del *Tannhauser*...»

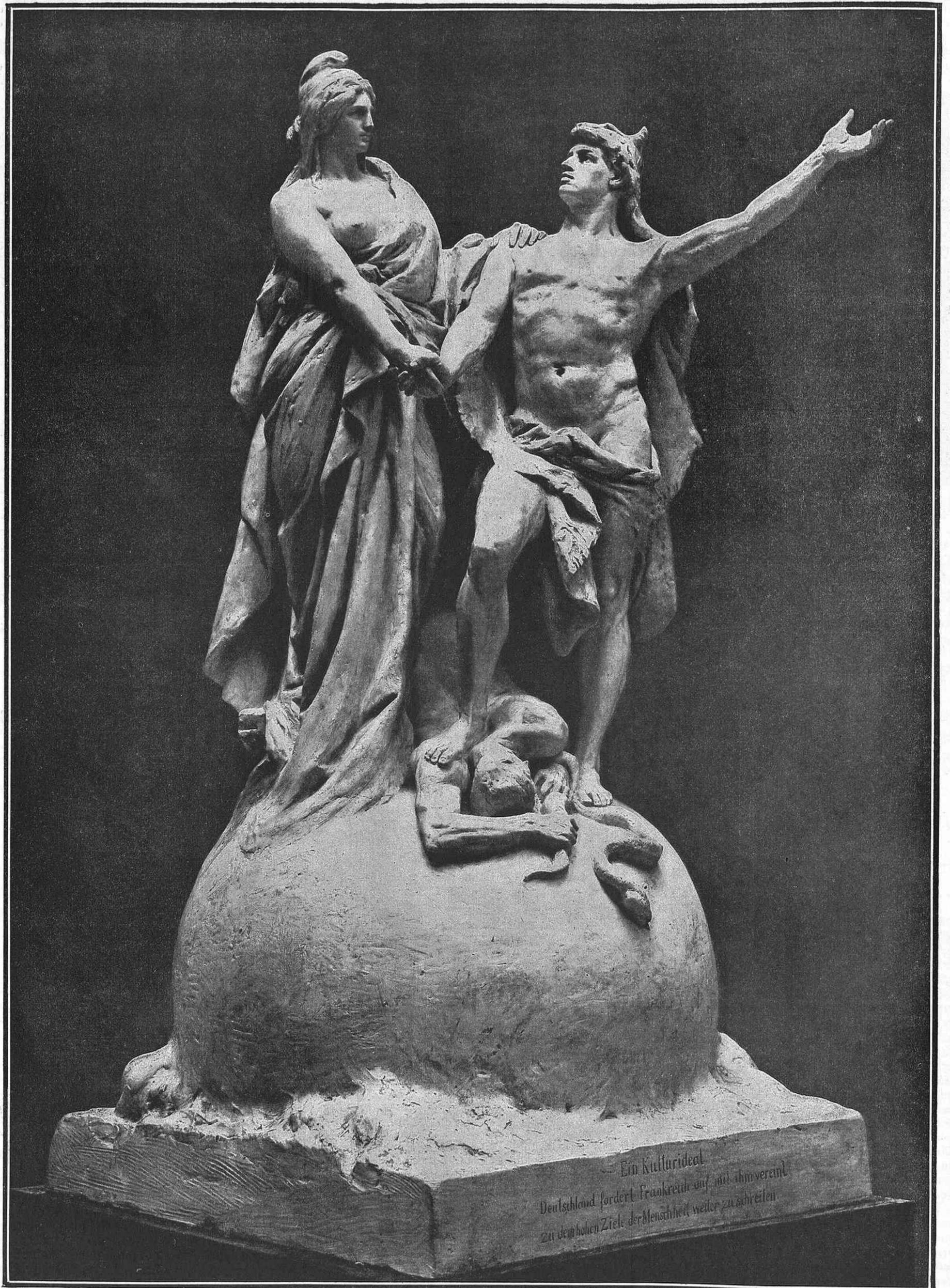
Pocos días después de esta conversación el emperador enseñó á Eberlein un croquis que él mismo había dibujado y que no era sino el diseño de Wolfram que ahora se admira en el monumento. El escultor tal vez modificó este diseño para armonizarlo con el resto de la obra, pero de todos modos la idea de esta figura es de Guillermo II.



MONUMENTO Á WAGNER. — Grupo de la hija del Rin y Alberico

garten, en el que estuvieron representados el gobierno alemán y varios gobiernos extranjeros y las más eminentes personalidades del mundo musical.

Un detalle muy digno de tenerse en cuenta: Francia, la nación que más hostil se mostró á Wagner y á su obra, la que más ha tardado en abrir las puertas de sus teatros á las óperas del gran maestro, ha sido la que con mayor entusiasmo se ha asociado á las fiestas inaugurales del monumento. Saint-Saens, Reyer, Massenet, Dubois, Fauré, d'Indy, Carré, Gailhard y otras eminencias musicales y los críticos de los más importantes periódicos parisienses, han formado parte del Comité de honor; Chevillard ha dirigido una pieza musical de autor francés, y el citado Delmás y el célebre Van Dyck han cantado en los conciertos que se han celebrado. — X.



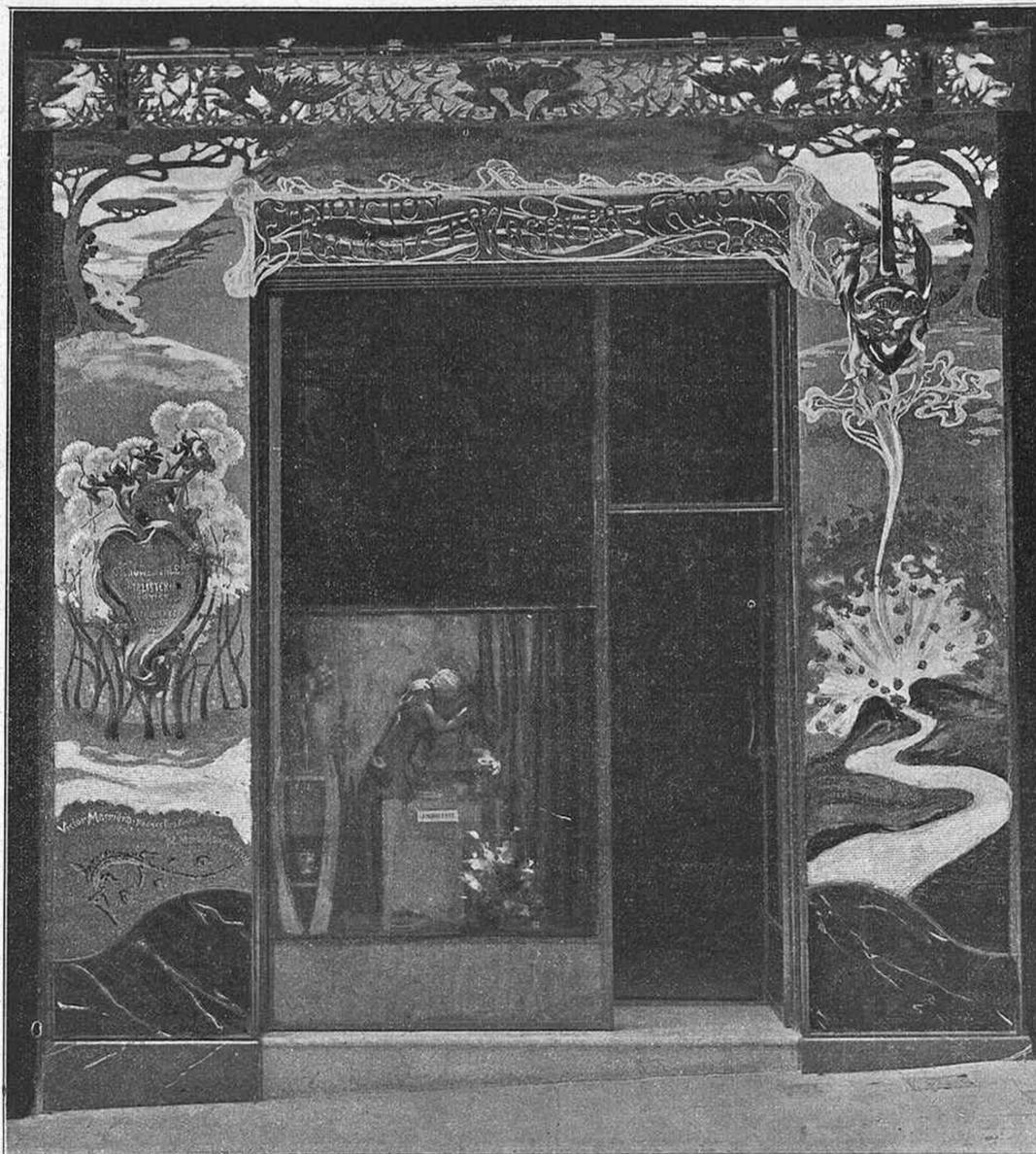
UN IDEAL DE LA CIVILIZACIÓN, escultura de Gustavo Eberlein



SALAMBÓ, cuadro de E. Richter

NUESTROS GRABADOS

Fachada del establecimiento de los señores Masriera y Campins.— En el número último dimos cuenta de la inauguración del establecimiento que para exposición y venta de sus notables producciones ha montado la importante casa de fundición artística de Masriera y Campins. El grabado que adjunto publicamos reproduce la bellísima fachada del mismo, proyectada y dirigida, lo propio que el interior, por D. Víctor Masriera, que se compone principalmente de dos plafones de mosaico con aplicaciones de hierro y bronce; el de la derecha simboliza la fundición natural por medio de un volcán en erupción de cuyo cráter sale una columna de humo, entre la que aparece el escudo de la casa; el de la izquierda representa un paisaje florido, debajo del cual se ve una capa de formación más antigua en la que hay varios animales fósiles, símbolo del moldeado natural. Remata la fachada una gran tarja de bronce con inscripciones y un friso con una bandada de golondrinas. El conjunto es rico y elegante, y honra así al autor del proyecto como a los artistas Eusebio Arnau y Mario Maragliano, que han ejecutado los trabajos de escultura y mosaico respectivamente.



BARCELONA. — Fachada del establecimiento de los Sres. Masriera y Campins, recientemente inaugurada, proyectada y dirigida por D. Víctor Masriera (de fotografía de Adolfo Mas)

¡A vuestra salud!, cuadro de Casanovas.— El grotesco personaje Falstaff de la regocijada comedia de Shakespeare tiene algo de universal: en todas partes y en todos tiempos ha existido el tipo del viejo libertino, fanfarrón, glotón y sobre todo bebedor, que sólo acepta de la vida el lado alegre y para quien las más elevadas ideas, los más nobles sentimientos no valen lo que una botella de buen vino ó una conquista amorosa fácil. En uno de estos tipos se ha inspirado seguramente el autor del cuadro que reproducimos, y preciso es convenir en que ha sabido interpretarlo con gran acierto, puesto que todo, en la figura por él trazada, responde á la imagen con que mentalmente nos hemos representado á esta clase de hombres. Ese rostro enrojecido por el abuso de la bebida, ese cuerpo obeso, esa expresión un tanto embrutecida y socarrona son otros tantos rasgos característicos que el pintor ha trazado con un vigor y una seguridad que hacen de su lienzo una obra digna de los mayores elogios bajo todos conceptos.

Un borracho, acuarela de Antonio Fabrés.— Si comparamos esta acuarela con la inmensa mayoría de las obras del mismo autor que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA llevamos publicadas y observamos las radicales diferencias que entre una y otras existen, veremos confirmado lo que tantas veces hemos dicho al referirnos al talento y á las aptitudes artísticas del tan justa y universalmente celebrado pintor catalán. Su maestría en el género que pudiéramos llamar del detalle es bien conocida; pocos le igualan y ninguno le aventaja desde este punto de vista, con la particularidad que en sus cuadros la perfección de lo minucioso en nada perjudica al excelente efecto del conjunto y antes bien lo avalora; pero no es en esto en lo que únicamente sobresale Fabrés, sino que cuando quiere acometer un género completamente contrario al que parece ser su predilecto, produce composiciones como esa hermosa figura del borracho, admirablemente estudiada y tratada con sobriedad y amplitud extraordinarias.

Retrato de Mme. S., por Antonio de la Gándara.— Este pintor es uno de los primeros retratistas de la alta sociedad parisiense; las damas, sobre todo, constituyen su principal clientela, y no vacilan en pagar precios exorbitantes y en esperar meses y aun años á que les llegue el turno, con tal de poseer un retrato suyo firmado por tan gran artista. Los cuadros que expone en el Salón atraen las miradas de los inteligentes, no sólo por la exactitud del parecido y por la vida y naturalidad que sus figuras respiran, sino también por la originalidad con que están presentadas, por el talento con que el pintor escoge los trajes y adornos que mejor cuadran á sus condiciones físicas, las rodea de los accesorios que más armonizan con ellas y las hace destacar sobre el fondo que pueda darles mayor realce. Véase, en prueba de lo que decimos, el retrato de Mme. S. que publicamos en la página 670 del presente número y que figuró en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia: todo en él resulta al par que artístico elegante; todo revela el gusto más exquisito, todo está concienzuda y hábilmente combinado para que, sin distraer la atención del objetivo principal de la pintura, aumente el efecto que ésta produzca en cuantos la contemplan.

Un ideal de la civilización, escultura de Gustavo Eberlein.— El arte ha rendido siempre culto á los más altos ideales: los pensamientos más hermosos, las más ge-

nerosas aspiraciones, han sido por él acogidos aun antes de que cristalizaran en la mente de los pueblos, y no pocas veces, anticipándose á los deseos, apenas germinados, de éstos, lanza una idea que quizás reputada al principio como quimérica, va abriéndose paso poco á poco y acaba por imponerse. Para ello es preciso, sin embargo, escoger el momento oportuno, conocer muy á fondo la psicología de las sociedades, para que la

ños adornos que más que favorecerla la alteran y perjudican.

El pastor muerto, cuadro de Jorge Hahn.— Hay cuadros que más que por el examen crítico han de ser juzgados por la impresión que producen. El lienzo de Hahn es uno de ellos, lo cual no quiere decir que desde el punto de vista técnico no abunde en bellezas de concepto y de ejecución; pero lo que en él más nos agrada es el sentimiento, esa emoción triste que sentimos al contemplar el inanimado cuerpo del pastor en torno del cual se agrupa el rebaño, en medio del paisaje solitario y oscuro que contribuye al efecto melancólico de la composición.

MISCELÁNEA

Teatros.—París.— Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *L'homme du jour*, comedia en tres actos de P. Morgand y C. Roland, y *Cartes postales*, comedia en un acto de L. Baulard; y en la Comedia-Francesa *Jean-Marie*, comedia en un acto de Andrés Theuriot.

Barcelona.— Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La tertulia de cal apotecari*, traducción de *La rebotica*, de D. Vital Aza, hecha por D. Fernando Serrat y Weyler; y en el Eldorado *La rifa del beso*, tradición andaluza en un acto y tres cuadros de D. Salvador María Granés y D. José García Pulido, música del maestro López del Toro.

Necrología.— Han fallecido: Luis Arsenio Delaunay, notable actor de la Comedia Francesa.

Antonio Ruckauf, compositor austriaco.

Pablo Joseph Gabriel, notable paisista holandés.

Hermán Zumpe, célebre director de orquesta alemán, autor de varias óperas, operetas y piezas sinfónicas y uno de los maestros que mejor han interpretado las obras de Beethoven y Wagner.

Federico Kaulbach, notable pintor retratista alemán, profesor de la Escuela Superior Técnica de Hannover, miembro de la Asociación de Bellas Artes de Berlín.

Teodoro Kirchner, compositor alemán, profesor del Conservatorio de Dresde.

idea, aunque recibida con sorpresa y hasta con asombro, no resulte repulsiva por las circunstancias de tiempo y de lugar en que ha sido lanzada. Inspíranos estas consideraciones el bellísimo grupo escultórico de Gustavo Eberlein, cuya significación explica perfectamente la leyenda puesta al pie del mismo: «Un ideal de la civilización. Alemania invita á Francia á que unida con ella avance para la consecución de los altos fines de la Humanidad.» El artista ha dado forma á un pensamiento elevado y lo ha hecho en ocasión oportuna, cuando los odios y rencores despertados por la guerra de 1870 se van aplacando, y cuando se inician en ambos países tendencias de aproximación que, debidamente estimuladas, podrían cambiar por completo el modo de ser de las naciones europeas; por esto su obra, tan grande artísticamente considerada, lo es más aún desde el punto de vista social y humano.

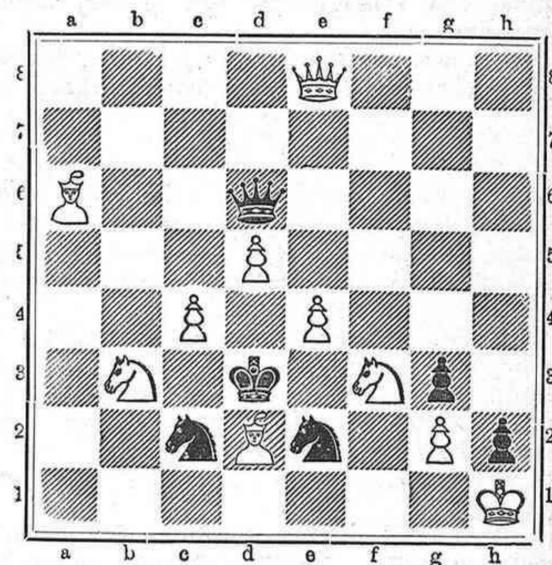
Salambó, cuadro de E. Richter.— El notable pintor parisiense Richter, enamorado del personaje tan maravillosamente pintado por Gustavo Flaubert, nos presenta en su cuadro á la hija de Amílcar, en el momento en que ataviada con sus mejores galas y radiante de belleza, se dispone á partir hacia el campamento de los sitiadores de Cartago para recobrar el *zaimph*, el velo misterioso, paladín de la ciudad, que el libio Matho ha robado del templo en que se guardaba, penetrando sigilosamente una noche en la plaza sitiada. La sacerdotisa de Tanit, á quien el gran sacerdote ha ordenado que obtenga el sagrado objeto, sea lo que fuere lo que de ella exija su poseedor, se abandona á éste y regresa á Cartago con el precioso velo. Richter ha interpretado magistralmente la figura de Salambó tal como en la novela aparece, acertando no sólo en la parte de indumentaria sino en la psicológica, ya que en la expresión de su rostro y en la dignidad de su actitud se refleja claramente el convencimiento de la virgen de la importancia de la misión que le ha sido confiada y de lo terrible de la prueba á que ha de someterse para cumplirla.

La familia del gondolero, cuadro de Alejandro Milesi.— Entre los pintores italianos que más predilección han mostrado siempre por Venecia y que con más éxito han reproducido en sus más variados aspectos el modo de ser de la poética ciudad de las lagunas, figura el autor de este cuadro; conocedor como pocos de los asuntos que especialmente cultiva y encariñado con ellos, Milesi nos ofrece en sus lienzos una imagen exacta de los tipos y costumbres de aquella población, tomándolos de la realidad misma, sin intervención alguna de la fantasía, pues entiende, y con razón, que la poesía de Venecia se impone tal como es, sin necesidad de extra-

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 340, POR E. FERBER.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 339, POR G. CHOCHOLOUS.

- | | |
|----------------------|------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dc5-f2 | 1. Af7-g8 |
| 2. Df2-g1 | 2. b3-b2 ú otra. |
| 3. Dg1xg8 ó b1 mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|-------------------|--------------------------|
| 1..... Af7-e6; | 2. Df2-f6, etc. |
| 1..... Af7-d5; | 2. Df2-d4, etc. |
| 1..... Af7-c4; | 2. Df2-d4, etc. |
| 1..... Ca7 juega; | 2. Df2-f1, etc. |
| 1..... e4-e3; | 2. Df2-f1, etc. |
| 1..... Ra2-b2; | 2. Df2-e1, f1 ó g1, etc. |



La joven, muy turbada, salió al encuentro de Cristina

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Las horas, ayer todavía largas y tristes, eran ahora rápidas, y las veladas resultaban íntimas, cordiales y risueñas.

Noel, pues, se armó de valor para no privar á su madre del consuelo de aquel rayo de alegría.

* * *

Aquella noche estaban hablando del que Andrea no conocía, de Mauricio, que estaba empleado en una casa de banca de Niza y que no podía, el pobre, abrazar á su madre y á su hermano Noel más que muy raras veces.

— Eso le hace sufrir, decía la viuda, porque nos quiere tanto... Es un muchacho encantador mi Mauricio. Hoy cumple veinticuatro años y ya ha prestado el servicio militar, del que volvió hecho todo un sargento de cazadores alpinos.

Y al ver que Andrea sonreía viéndola tan entusiasta, añadió:

— Sí, es un buen mozo, mi Mauricio; pero espere usted... Va usted á conocerle... Noel, ¿dónde está el álbum?

— Ahí, mamá.

El joven se levantó de su butaca, y con esa seguridad singular que tienen á veces los ciegos, fué derecho á coger de un pequeño estante lo que le pedía su madre, la cual dijo al verle venir con el pesado volumen en la mano:

— Anda, enseña tú mismo el álbum á Andrea, puesto que conoces sólo con tocarlas las fotografías que contiene.

— Con mucho gusto.

Noel puso el álbum en la mesa, á fin de que la lámpara colgante proyectase mejor su luz — para los que veían — en las fotografías.

— Aquí tiene usted á mi padre y á mi madre.

— ¡Oh! ¡Cómo se parece usted á su padre, Noel!

— Es verdad... Y, va usted á verlo, Mauricio se parece á mamá.

El joven volvió la hoja.

— ¡Oh!..

Andrea no pudo menos de lanzar esa exclamación.

— ¿Qué?

Pero la joven tuvo la serenidad de responder en seguida:

— ¿Es éste su hermano de usted?

— Sí, el que está á mi lado.

— ¡Qué parecido con su madre! Estoy estupefacta.

— La cosa, sin embargo, no tiene nada de asombroso, dijo Noel riéndose.

Así era, en efecto; pero lo que había arrancado á Andrea aquel grito era la vista repentina de otro grupo de retratos colocados después de las fotografías de los dos hermanos.

¡Era su padre!, y después su abuelo, el presidente Reversay, con su toga y su cruz de la Legión de Honor... Andrea dijo, esforzándose por dominar el temblor de su voz:

— ¡Un magistrado!

— Es nuestro tío Reversay, presidente de la Audiencia de Grenoble. A su lado está su hijo, primo nuestro.

— ¡Ah!..

— También era magistrado, pero dejó la carrera cuando heredó á nuestra prima Hortensia de la Croix d'Arbel...

El joven volvió la hoja.

— Aquí la tiene usted...

Y al ver que Andrea no respondía, Noel continuó:

— No nos tratamos con estos parientes Reversay. Mamá no quedó muy satisfecha de su primo cuando se casó con mi padre..., y yo le guardo un rencor que nunca olvidaré probablemente.

El joven dijo esto con acento duro y colérico, pero se dominó pronto.

— Después de todo, dijo sonriendo, como ese señor no se habría seguramente tratado con nosotros después de nuestra ruina, más vale que nuestras relaciones de familia hayan estado rotas de antemano.

Y siguió volviendo las hojas del álbum:

— Estos que vienen son amigos... de otros tiempos... También ellos han obedecido á la ley de indiferencia y de egoísmo, y no han vuelto á dar señales de vida...

Andrea no respondió y esta vez no hizo exclamación alguna, pero se oprimió el pecho con la mano, como si temiera que el corazón se le saltase, y abrió ávidamente los ojos. ¡La fotografía que tenía delante era la de Julián de Pontaredel!

Sí, debía haberlo previsto... El mismo Julián le contó su amistad al referirle la mala suerte de los Beraud.

Pero la joven no pensaba en aquello y el golpe fué rudo...

— Volvía á ver á aquel en quien no quería pensar más...

A aquel, sin embargo, para quien había guardado lo mejor de su alma y el más querido de sus recuerdos...

Y le volvía á ver sonriente, tal como le había dejado y como ella le amaba.

Acaso la joven hubiera sido incapaz de decir una palabra que no fuese ahogada por un gemido, cuando Noel, que no sospechaba aquella batalla al lado suyo, prosiguió diciendo:

— Hago mal al decir que todos han obedecido á la ley habitual. Hay un amigo que no me ha olvidado por completo... Mírele usted..., éste, en lo alto de esta página... El que tiene un fino bigote y una linda sonrisa..., que recuerdo muy bien.

— ¿Pues y yo?, pensó dolorosamente Andrea.

Noel continuó con su voz un poco cansada:

— Eramos muy amigos. El estudiaba Derecho y

yo estaba en la escuela de Bellas Artes. Por las noches se nos veía siempre juntos... Sí, era un buen amigo Julián de Pontarede, un delfinés... ¿Conoce usted ese nombre, Andrea?

- No...

- Una familia de la antigua nobleza..., lo que, después de todo, me tenía sin cuidado. Yo soy plebeyo por mi sangre, por mi corazón y por mi rencor.

- ¡Noel!, dijo dulcemente la viuda de Beraud.

- Sí, mamá, por el rencor. Mi padre era plebeyo, y á causa de esto te hicieron sufrir tus parientes. No perdono á la casta que te ha dado disgustos, y la perdono menos porque era la tuya.

El joven se interrumpió como avergonzado por haber hecho ver sus rencores y dijo sonriendo:

- Pero tampoco mi amigo Julián se preguntaba al darme la mano si corría por la mía una sangre azul pura y sin mezcla.

- De modo que con ése, dijo Andrea obedeciendo á la necesidad de decir algo, está usted en buenas relaciones...

- Sí. Al principio me olvidó como todos los demás, pero después ha sido desgraciado y se ha acordado de su amigo Noel... ¿Verdad, mamá?

Pero la viuda acababa de salir del comedor sin que su hijo lo advirtiese.

- Su mamá de usted no está aquí. Cristina ha venido á llamarla hace un momento.

- Para algún consejo de cocina, seguramente. ¡Pobre mamá! ¡Cómo lloraba al leerme la carta de Julián!

- ¿Sí?

- Es que la carta era triste... Todo el mundo tiene penas... Julián amaba á una joven y se creía amado por ella, no sin fundamento... Ya ha visto usted su retrato. Julián es de aquellos á quienes se puede amar. Sus ojos no están apagados... y pueden servir para proteger, para defender á la que...

- Noel, dijo la joven tímidamente, el otro día le debí á usted la vida...

El joven se encogió de hombros.

- Sí, me pusieron unos remos en las manos y yo empleé toda mi fuerza con la tenacidad de una máquina... Hay también caballos ciegos que dan vueltas á la noria para regar el jardín y no pueden volver á la cuadra sin que los conduzcan... Pero realmente, ¿de qué le ha servido á Julián el ser de los que pueden ser amados? La joven á quien adoraba y que había prometido ser su mujer...

- ¿Le ha dicho á usted su nombre?

- No; ¿para qué? Cuando Julián se acordó de mí, su prometida acababa de marcharse repentinamente y le había devuelto su palabra no sé con qué pretexto, ó sin ninguno, dejándole en la mayor desolación...

- Y entonces, dijo Andrea dominada por un irresistible deseo de saber, fué cuando su amigo de usted le contó...

- Sí, su desolación, su cólera, su humillación, después de aquel injusto é indigno proceder...

Andrea guardó silencio. Pudo muy bien tomar la defensa de aquella joven y decir que acaso había obedecido á razones imperiosas que no pudiera confiar ni dejar sospechar á nadie... Pero esto era lo mismo que confesar que conocía á aquella joven.

Noel prosiguió:

- Julián, por otra parte, no se ha entregado á la desesperación... Parece que hay personas que se repliegan en su pena y van á esconderse en un rincón como fieras heridas. Esos son quizás los más amantes y los más desesperados... Pero son también acaso cobardes, y Julián no ha querido parecerse á ellos... Porque mi amigo ha tenido una reacción de cólera, de resentimiento, de amor propio ultrajado, aunque eso no le devuelva la felicidad perdida.

- Pero, balbuceó Andrea, ¿qué ha hecho?

- ¿Le interesa á usted mi amigo Julián?

A Dios gracias, Noel no podía ver y la viuda de Beraud no estaba presente, y si Andrea palidecía y retorció convulsivamente sus manos, el joven no lo sospechaba.

La hija de Reversay respondió en voz baja:

- Sí, puesto que dice usted que es desgraciado.

- Y le tiene usted lástima... ¡Ah! ¡Cómo tendrá usted que prodigar su compasión si quiere dar un poco, sólo un poco, á todos los que sufren y se desesperan!

- ¿Por qué dice usted eso?

- ¿Por qué?

Hubo un momento de silencio.

- Es verdad... ¿Por qué?... ¿Lo sé yo mismo? Lo único que sé, y usted también, Andrea, es que no puedo ver las cosas de un modo halagüeño, puesto que no las veo... Y hay que perdonarme, como se perdona á un enfermo, mis tristezas y mis negros humores...

- Pero, Noel, ¿cree usted que he pensado siquiera?..

- ¿En reprochármelos?... Soy yo mismo quien se los reprocha y quien suplica á usted que no olvide mi infinito agradecimiento por haber venido á traernos, á mi madre y á mí, un rayo de dicha que ha brillado hasta en mi noche...

- ¡Noel!

Pero el joven, asustado también por el sesgo que tomaba aquella conversación, la cortó bruscamente diciendo:

- Puesto que le interesa la historia de mi amigo Julián, mire usted.

Se levantó y fué á una mesa en la que guardaba sus objetos familiares.

- Tome usted, dijo, la carta de mi amigo, que recibí hace dos días. ¿Quiere usted leerla?

- Pero...

- Puede usted hacerlo y yo celebraré el oírlo otra vez. Mamá me la leyó muy rápidamente y yo no puedo hacerlo por mí mismo.

Y el ciego añadió casi tímidamente:

- Me había usted dicho que sería mis ojos.

Andrea cedió á aquella súplica y á su irresistible y ardiente deseo.

- Démela usted.

«Mi querido Noel; ya te he escrito mi pena y te juro que no la merecía. Con toda sinceridad y lealmente, me dirigí á una joven á la que creía leal y contenta de unir su suerte á la mía. La hubiera hecho dichosa, te lo juro, y no me creerás si te digo que la lloré á lágrima viva y con hondos sollozos. Así es la verdad, sin embargo...»

Noel observó que á Andrea le faltaba la voz y dijo:

- ¿No es verdad que se ve que habla sinceramente?... También mi madre se conmovió leyendo esa queja de un hombre bueno y dolorido. Pero siga usted, Andrea... Julián se ha sobrepuesto á su pena.

La joven continuó ávidamente:

«Pero si los niños lloran, los hombres se defienden. Tengo veintiséis años y no he querido renunciar á lo que puedo esperar de la vida. El amor ha muerto..., viva la razón..., viva mi cólera, que, esta vez, ha sido una consejera enérgica y prudente.

»He dejado el Delfinado, que no tenía para mí más que malos recuerdos y en el que no encontraba más que una imagen que he borrado de mi mente. Me he ido á Niza...»

- ¡A Niza!, repitió la joven con estupor.

- De allí me escribe. ¿No lo había usted reparado?

- No...

Y la joven continuó, haciendo esfuerzos desesperados para que su emoción no se tradujese en la voz:

«En Niza, adonde fuí acompañado de mi padre, he sido presentado á una familia un poco emparentada con la nuestra y en la que he visto una joven... Sí, querido Noel, muy linda también, muy rubia y muy metida en el gran mundo, pero muy inteligente y muy ambiciosa para ella y para el que sea su marido. Y si no he vuelto á encontrar el amor - «so no se siente todos los días - he encontrado la simpatía, gracias á la cual se pueden fundar las más largas y sólidas asociaciones..., y me caso, me caso á pesar de todo, querido Noel.

»Mi boda, pues, no ha hecho más que retardarse unos meses y será brillante, por lo que me apresuro á anunciarte que no merezco ya compasión, sino felicitaciones... En cuanto á ti...»

Noel interrumpió á su lectora diciendo:

- El resto no es ya interesante. No contiene más que las vulgaridades tradicionales que todo el mundo se cree obligado á repetir... Siempre la misma fórmula: «Espero que encontrarás pronto el médico y el remedio que hagan desaparecer tu mal...»

Noel se encogió de hombros.

- El médico... me engañaría como los demás... y el remedio no existe... Pero, en fin, prosiguió con amargura, estoy agradecido á Julián y á todos los otros, pues ellos no tienen la culpa de mi escepticismo.

- Sin embargo, dijo Andrea muy contenta de encontrar un pretexto para no hablar más de la carta de Julián, no lo ha intentado usted todo..., todo... Y aun siendo así, los médicos pueden encontrar todos los días un nuevo medio de curación.

- ¡Oh!... ¿Usted también?..

Y añadió, frunciendo las cejas sobre aquellos ojos negros que no tenían más que la belleza de las cosas muertas:

- Lo he probado todo... No hay esperanza... Nunca veré su cara de usted, Andrea, nunca... Y esa será una de mis mayores penas.

El joven oyó ruido y dijo:

- ¿Eres tú, mamá?

- Sí, hijo mío. He dejado á ustedes charlar, porque tenía que hacer con Cristina.

- ¿Y se han acabado esos quehaceres?

- Sí... Se trataba del almuerzo de mañana. Ya ves que era importante.

- ¡Pobre madre!, murmuró Noel con repentino enternecimiento.

Y añadió dirigiéndose á Andrea:

- ¿Por qué no se va usted á la cama? Estoy seguro de que lo está usted deseando.

- Sí, me caigo de sueño.

- Lo he comprendido, porque no hablaba usted. Los lindos fuegos artificiales de su alegría se estaban apagando.

Y, como todas las noches, se despidieron. La madre y el hijo subieron á sus cuartos del piso superior y Andrea se retiró á su habitación de la planta baja, donde pasó una noche larga, agitada y cruel.

Sin embargo, el agudo dolor que experimentaba era como una herida definitiva, como el sufrimiento durante una operación quirúrgica después de la cual debe venir la curación.

Sí, en aquel momento sentía por primera vez que todo había terminado entre ella y el hombre que había sido su prometido.

Y después de todo, ¿qué le importaba? No podía pensar que Julián iba á pasar su existencia llorando. Había pedido otra cosa á la vida y estaba en su derecho.

Era, pues, un asunto acabado, liquidado definitivamente.

Y Andrea no tenía más que seguir su camino como él. Pero ¿en qué dirección?... ¿Para qué?

¡Ah! Cada día lleva consigo su misión. Estaba ya dentro de la plaza como una huésped de azar, y proporcionaba así un poco de bienestar á los que su padre había despojado. Cuando llegase el momento oportuno, Dios le inspiraría lo que debía hacer.

Y ese momento había de llegar mucho antes de lo que esperaba.

XI

Un empleado del telégrafo llegó con un telegrama en la mano.

- La señorita Andrea Rival, en la Casa Blanca, ¿es aquí?

Cristina, con esa vaga impresión de inquietud que se experimenta cuando aparece ese enigmático papel azul, respondió:

- Sí, aquí es, pero la señorita Andrea no está en casa.

- Bueno. Usted le dará esto en cuanto vuelva.

Cristina fué en seguida á llevar el telegrama á su señora.

- Puede que sea urgente, y si supiera dónde encontrar á la señorita...

- Sí, más vale... Ha ido con mi hijo hacia la bahía de los Coraleros.

- Entonces voy corriendo. Pronto los encontraré. Y se echó á correr en su busca.

En la orilla de aquella pequeña ensenada circular donde se encuentran, después de las tempestades, fragmentos de coral arrancados por las olas á las rocas profundas que avanzan mar adentro, Andrea estaba, en efecto, divirtiéndose como una niña en aquella tradicional recolección.

Su traje azul marino imprimía una mancha armoniosa y vibrante sobre el azul un poco verdoso de las olas y el azul claro del cielo. Pero no se veía á nadie más que á ella.

Noel estaba, sin duda, más lejos.

Cristina llegó gritando desde lejos:

- ¡Señorita Andrea!.. ¡Es para usted!..

Y Andrea, al ver el papel azul que la muchacha agitaba en la mano, tuvo también un penoso presentimiento.

- ¡Un telegrama! No podía ser más que del señor Pascalón, único que conocía sus señas y sabía su supuesto nombre.

El notario había ya escrito á la joven varias veces.

Porque hacía tres meses que Andrea estaba en Agay, y en ese tiempo el notario había regularizado la situación de su cliente y puéstola al corriente de sus relaciones correctas, ya que no amistosas, con el Sr. Reversay. Pascalón había también preparado á la joven á recibir una noticia que pronto, sin duda, se vería obligado á darle.

La última frase de Reversay á su hija, su última amenaza, no había sido dicha á la ligera.

Olvidando todo lo que no fuera su deseo apasionado, aquel semiviejo se estaba ocupando resuelta y locamente en reemplazar en su casa vacía á la hija desterrada con otra mujer que se disponía á entrar en ella como en país conquistado.

La condesa Nadia Fodor había aprovechado con maravillosa habilidad el incidente que Reversay le pintó como un incomprensible capricho de su hija.

Pero la actitud de la joven no tenía nada de incomprensible para la condesa. Sus relaciones con el padre, que ella misma trataba de hacer escandalosas; su permanencia, más chocante todavía, en un hotel de Grenoble; sus escapatorias á Biviers, para saber noticias de su amigo, detalles que la hija de éste no podía ignorar, explicaban ciertas discusiones y ciertas querellas que Reversay no quería ó no se atrevía á revelar.

Cuando su viejo adorador le contó todo aquello, la condesa vió en él reticencias llenas de embarazo, y casi por compasión no quiso pedirle más amplias explicaciones.

¿Qué le importaban, por otra parte, todos aquellos detalles?

Lo esencial para ella era que la hija hubiera abandonado la plaza dejando las puertas abiertas, puesto que por aquella brecha podía entrar en el castillo de Biviers.

Pero Pascalón no podía seguir escena por escena la comedia que se estaba representando alrededor de Reversay.

Todo aquello sucedía en una especie de penumbra en la que el notario no veía claro, ni podía saber más que los cuentos y chismes de la vida de provincia, en los que era difícil distinguir lo verdadero de lo falso. El anciano, pues, no hacía más que compadecer á la joven Andrea, víctima de la que él, sin vacilar, calificaba de «intrigante.»

Sí, Pascalón la compadecía sinceramente y casi lo mismo que á ella compadecía á la segunda víctima, el padre, aquel viejo loco que se metía en una aventura ridícula en compañía de una farsante que sólo aspiraba á coger su dinero y sobre la cual corrían rumores... que hacían temer que la aventura fuese más peligrosa que ridícula.

¿Pero cómo podía tener á Andrea al corriente de unos hechos que él mismo ignoraba?

Así, pues, se había contentado con decir á la joven: «Su padre de usted, según se cuenta, proyecta su matrimonio con una persona de la que hemos tenido ocasión de hablar. Espero que esto no será más que un rumor falso, hijo de la intimidad creciente del Sr. Reversay con la condesa de Fodor. De todos modos, tendré á usted al corriente de un suceso que, desgraciadamente, nadie puede impedir, pero que no puedo todavía creer.»

¿Sería esto lo que el notario le anunciaba por telegrama?.. No..., hubiera escrito.

La joven, muy turbada, salió al encuentro de Cristina y dijo:

— Déme usted...

Cuando abrió el parte, exclamó:

— ¡Ah! ¡Dios mío!

— ¿Es alguna desgracia?, dijo la muchacha. La señora está ya tan inquieta...

— No... No lo sé todavía... Pero es una llamada urgente. ¿A qué hora hay tren para Marsella?

— A las cuatro y media.

— Tengo tiempo, entonces. Voy á volver á casa con el señorito Noel, que está en la otra cala. Adelántese usted para tranquilizar á la señora.

Y mientras la criada se volvía por la playa, Andrea fué á una estrecha fragosidad de la costa, don-

— No... A ausentarme solamente.

Y viendo que á cada palabra se alteraba más la cara de Noel, añadió prontamente:

— Me ausentaré por algún tiempo, pero volveré seguramente y lo más pronto que pueda.

— ¡Que volverá usted!.. Se dice eso, acaso sinceramente, pero después pasan los días, los sucesos se precipitan... y no se tiene ya tiempo para pensar siquiera en una casita en la que uno no ha dejado nada de sí mismo y cuyo recuerdo se borra fácilmente...

Andrea no le dejó acabar.

— Hace usted mal en hablar así, pues tendré verdadera prisa por volver á esta casa, en la que dejó amigos queridos, si encuentro en ella vacío mi sitio...

— No, su sitio de usted no será ocupado por nadie, pues nadie puede llenar el vacío que usted deja... Pero ¿por qué se marcha usted?

— Apenas lo sé yo misma. Mi notario, mi consejero, mi tutor, pudiera decir, si estuviera todavía bajo tutela, me telegrafía esto: «Un suceso reciente y grave exige su presencia inmediata en Grenoble. Póngase en camino y venga á verme ante todo.» Ya puede usted adivinar lo demás. Ya le he dicho que tengo la desgracia de no estar en buen acuerdo con mi padre. Se trata ciertamente de él y de su nueva familia, porque mi notario, el Sr. Pascalón, me había ya preparado para este telegrama en su última carta.

— ¿La carta certificada que recibió usted el otro día?

— Sí, dijo Andrea sonriendo débilmente, porque el Sr. Pascalón es también quien me envía mi modesta renta.

— ¿De modo que se va usted?

— Esta tarde.

— ¡Oh!.. ¡Tan pronto!

— Sí... Hubiera debido ganar tiempo y marcharme antes; pero saliendo á las cuatro y media, puedo coger en Valence el tren del Delphinado y llegar á Grenoble mañana por la mañana.

— ¿Y cuánto tiempo durará su ausencia?

— No lo sé.

— ¿Lo ve usted?

— Pero añado seriamente que haré lo posible y lo imposible para no estar ausente más de un mes. Por consiguiente, Noel, dentro de un mes me volverá usted á ver...

Y la joven se corrigió diciendo:

— Dentro de un mes volveré á Agay.

— No, exclamó Noel bruscamente, no se corrija usted. Si vuelve usted dentro de un mes, Andrea; si me da usted..., si nos da ese inmenso placer...

— Se lo he prometido á usted.

— Pues bien, entonces, la volveré á ver.

La joven creyó que Noel se refería á su tacto de ciego, que algunas veces constituía una segunda vista misteriosamente perspicaz.

— Entonces, dijo sonriendo, me volverá usted á ver, seguramente.

— ¡Seguramente!, repitió Noel con una entonación extraña.

(Continuad.)



— Gracias, y «hasta la vista,» Andrea

de sabía que estaba Noel ocupado en coger ramas floridas de esas sensitivas que un viejo maniático, ya muerto, plantó allí al abrigo de los vientos y de los golpes de mar, para perpetuar en la costa el recuerdo de aquel «Augusto» que vivía solitario huyendo de los hombres, y sobre todo, de las mujeres que le habían hecho sufrir mucho.

Noel estaba allí, en efecto, pero no había oído nada, pues estaba más separado de Andrea por aquellas rocas que por muchos kilómetros de costa descubierta. Cuando crujió la arena bajo los pies de la joven, dijo el ciego levantando la cabeza:

— ¿Es usted, Andrea? ¿Ha hecho usted ya su provisión de coral?

— Sí... y además tengo que volver á casa...

El joven sintió una impresión de ansiedad solamente al oírla hablar así.

— ¿Qué hay?.. ¿Qué sucede?.. Se nota inquietud en su voz de usted.

— No es nada importante; Cristina acaba de traerme un telegrama...

— ¡Ah! Va usted á marcharse...

— ¿Y cuánto tiempo durará su ausencia?

— No lo sé.

— ¿Lo ve usted?

— Pero añado seriamente que haré lo posible y lo imposible para no estar ausente más de un mes. Por consiguiente, Noel, dentro de un mes me volverá usted á ver...

Y la joven se corrigió diciendo:

— Dentro de un mes volveré á Agay.

— No, exclamó Noel bruscamente, no se corrija usted. Si vuelve usted dentro de un mes, Andrea; si me da usted..., si nos da ese inmenso placer...

— Se lo he prometido á usted.

— Pues bien, entonces, la volveré á ver.

La joven creyó que Noel se refería á su tacto de ciego, que algunas veces constituía una segunda vista misteriosamente perspicaz.

— Entonces, dijo sonriendo, me volverá usted á ver, seguramente.

— ¡Seguramente!, repitió Noel con una entonación extraña.

(Continuad.)

MÁQUINA BARREDORA, REGADORA Y RECOGEDORA DE DUREY-SOBY

En las hermosas mañanas estivales, calurosas, secas, bañadas de sol, cuando las grandes ciudades hacen, por decirlo así, su *toilette*, los grandes cepillos mecánicos del servicio de vialidad levantan inmensas nubes de polvo. Este polvo, abundantemen-

La barredora-regadora es arrastrada actualmente por un caballo. El movimiento de rotación de la escoba lo comunica el eje que gira en soportes fijados en un marco de hierro forjado que forma bastidor para recibir todos los órganos mecánicos. Dos piezas colocadas cerca de las ruedas ponen en comunicación la rotación del eje, pero sólo para la marcha hacia adelante, de modo que la máquina puede virar sin esfuerzos en las vueltas, pudiendo de este

PROYECTOR ELÉCTRICO

DEL FARO DE HELGOLAND

Bien merece el calificativo de gigantesco el proyector eléctrico que uno de los grabados de esta página reproduce. Hállase instalado en la isla ó islote de Helgoland, que se alza en el mar del Norte, al Noroeste de la desembocadura del Elba, y sirve

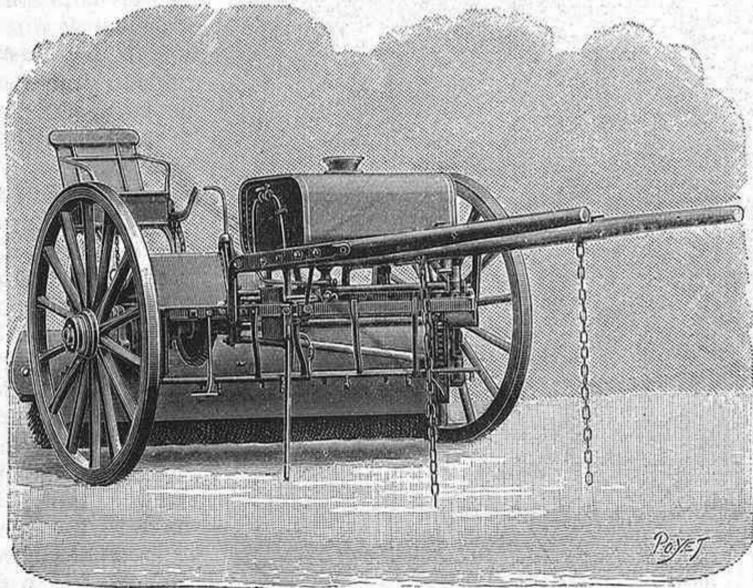


Fig. 1. - Máquina barredora, regadora y recogedora Durey-Sohy

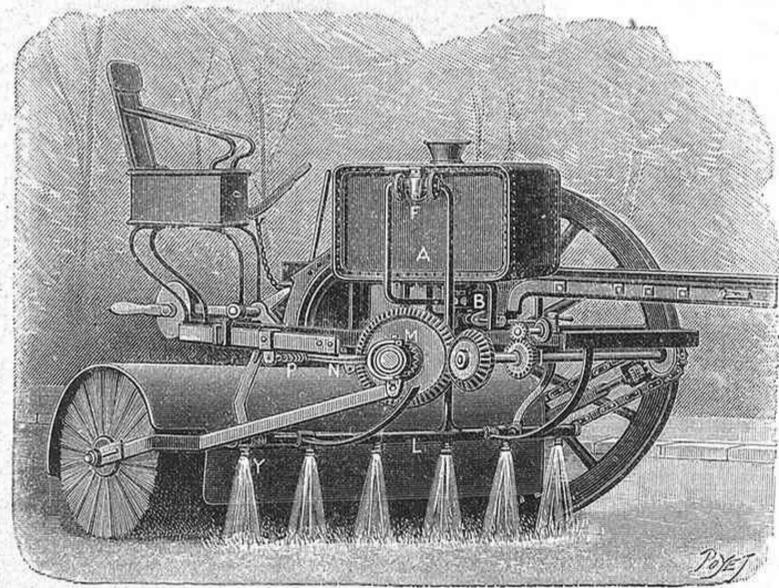


Fig. 2. - Vista lateral de la máquina Durey-Sohy

te provisto de microbios y de gérmenes, como puede suponerse, penetra en las casas, ensucia los aparadores de las tiendas y, lo que es más grave, se introduce en las vías respiratorias de los transeúntes. Sería menester hacer en grande escala, en las calles y bulevares, lo que Enrique de Parville ha aconsejado siempre á las buenas amas de casa para el cuidado de sus habitaciones, es decir, quitar el polvo humedeciendo, ya que el plumero y los sacudidores, en sus diversas formas, son más peligrosos que útiles.

Por otra parte, todos los recientes congresos de higiene preconizan el riego previo de las vías que han de barrerse, á fin de aglomerar el polvo y de impedir que se levante; pero el riego previo produce barro, y entonces se cae en otro inconveniente. La verdadera fórmula es el riego durante el barrido, y como corolario, la operación de recoger las materias mojadas. La máquina, por consiguiente, ha de ser barredora, regadora y recogedora.

Se han combinado diversos tipos, especialmente en los Estados Unidos y más recientemente en la exposición de Düsseldorf; pero la mayoría de ellos exigen esfuerzos mecánicos demasiado considerables ó bien exageran la mojadura del suelo. Sin entrar en la historia de estos aparatos, describiremos la última forma que á esta clase de máquinas ha dado el constructor parisiense Durey-Sohy, y que ha sido últimamente ensayada en París con éxito satisfactorio, bajo la dirección de M. Boreux, inspector general de puentes y calzadas. La máquina Durey-Sohy resuelve el problema de humedecer en vez de mojar, es decir, de practicar el riego por medio del agua reducida al estado de división finísima, de pulverización. Alrededor de las escobas giratorias, la atmósfera se impregna de una especie de niebla que engloba y arrastra, al caer sus vesículas en el suelo, los corpúsculos, gérmenes y microbios que tienden á elevarse y que al ser humedecidos no pueden dispersarse en la corriente de aire, á pesar de la cantidad relativamente pequeña de agua que se emplea.

El órgano esencial de la máquina, desde el punto de vista de la limpieza, es una escoba-cilindro, compuesta de una montura de madera, con ejes de hierro en los extremos y provista de fibras que le dan la forma de cepillo cilíndrico. Durante la operación del barrido, este cepillo se apoya en el suelo y está animado, alrededor de su eje, de un movimiento de rotación inverso al de las ruedas que hacen andar la máquina; además, está inclinado con relación al eje longitudinal de la máquina á fin de arrojar las barreduras á un lado. Un mecanismo de interrupción permite dar ó retirar instantáneamente á la escoba su movimiento de rotación; otro mecanismo produce la elevación de la escoba, á fin de que no se gaste cuando no ha de trabajar. El conductor dirige estas dos maniobras por medio de dos palancas colocadas al alcance de su mano y puede, por consiguiente, determinar la presión de la escoba en el suelo mediante un contrapeso movable.

modo cada rueda describir el camino especial suyo y realizándose el arrastre del eje, durante la vuelta, por la rueda de virada extrema. Mediante un par de engranajes cónicos situados á la derecha, el movimiento se transmite á un árbol intermediario paralelo á la escoba, y desde este árbol es transmitido á la escoba misma por una cadena sin fin que pasa sobre dos ruedas dentadas.

El mecanismo del riego ó, mejor dicho, de humedecimiento, está muy bien estudiado. Consiste en una batería provista de orificios pulverizadora (L, fig. 2) fijada delante de la escoba y paralelamente á ésta; desde esta batería se proyecta el agua en el suelo como una especie de bruma. El agua procede de un pequeño depósito A, colocado á la izquierda del conductor; una bomba de pistón B toma el líquido y lo empuja á la batería de riego con la presión necesaria para la pulverización. La bomba es movida también, mediante un par de engranajes, por el árbol intermediario de la máquina, es decir, por el eje, como la escoba. Cuando sobreviene una lluvia que hace inútil el riego, el conductor interrumpe el funcionamiento de la bomba, por medio de los mecanismos M y N. Además, gracias á una espita de tres vías F colocada al alcance de su mano, puede el conductor impeler el agua hacia el depósito, en vez de impelerla hacia la batería, suprimiendo de este modo el riego sin quitar el movimiento á la bomba.

Para terminar esta breve descripción señalaremos el hecho interesante y nuevo de que M. Durey-Sohy ha conseguido hacer solidarios y maniobrables con un esfuerzo mínimo, por medio de una sola palanca, los movimientos de funcionamiento independiente y de levantamiento de la escoba, de modo que ésta está siempre interceptada cuando se halla levantada y siempre independiente del movimiento de la máquina cuando se halla tocando al suelo, con lo cual se evita el desgaste de esta pieza algo costosa.

Finalmente, las barredoras del antiguo modelo Sohy pueden ser transformadas fácilmente y sin grandes gastos en barredoras-regadoras, que constituyen una excelente máquina de guerra pacífica conquistada por el progreso para la lucha contra el polvo urbano, y son no sólo un vehículo mecánico bien estudiado, sino además un auxiliar útil de la higiene pública. - MAX DE NANSOUTY.

para iluminar el importante faro que allí existe. Para convencerse de su grandiosidad, basta mirar el grabado y establecer una comparación entre el aparato y la figura que está de pie junto al mismo. El diámetro del proyector es de seis pies y seis pulgadas y su fuerza lumínica de 316 millones de bujías.

**

LO QUE CUESTA EL AUMENTO

DE VELOCIDAD DE LOS VAPORES

Parece natural que Inglaterra, justamente celosa de su supremacía marítima, no haya visto con buenos ojos que Alemania haya conquistado y conservado durante muchos años el primer puesto en los servicios rápidos transatlánticos. Este estado de ánimo se ha traducido en un convenio ajustado recientemente entre el Almirantazgo inglés y la célebre Compañía Cunard, de Liverpool, que por espacio de tanto tiempo tuvo el *record* de la velocidad y cuyos hermosos vapores *Lucania* y *Campania* figuran todavía honrosamente entre los mejores *liners* del Océano.

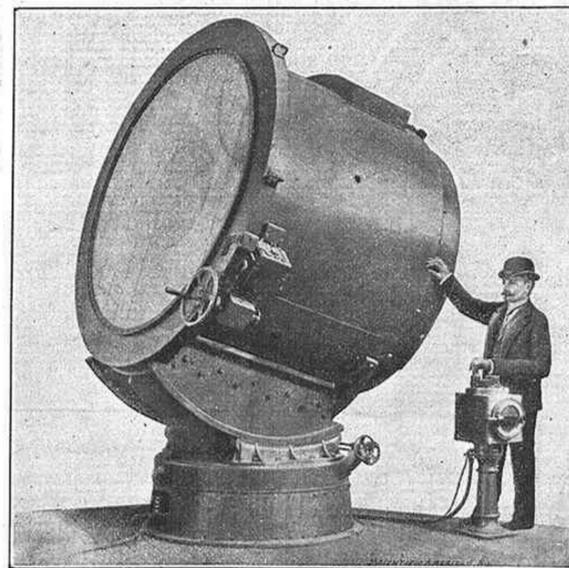
Por virtud de este convenio, la Compañía Cunard ha comenzado la construcción de nuevos buques capaces de una velocidad media de 25 nudos, es decir, dos ó tres más, que los vapores más rápidos actualmente en servicio, como son el *Deutschland* y el *Kaiser-Wilhelm II*.

A propósito de esto se ha hecho un estudio muy curioso de las con-

diciones que deben cumplirse para la construcción de un buque y de los gastos correspondientes por cada aumento de un nudo en la velocidad media que se le quiera dar.

Tomemos, por ejemplo, como tipo un vapor transatlántico que ande á razón de 20 nudos por hora, de una longitud de 180 metros y provisto de una máquina de 19.000 caballos. Este buque costará 8.750.000 francos y estará en condiciones de poder recibir de su gobierno una subvención de 225.000 francos.

Para poder proporcionar una velocidad de 23 nudos debiera este buque tener una longitud de 210 metros y una fuerza de 30.000 caballos; costaría 14.375.000 francos y la cifra de su subvención anual se elevaría á 1.700.000 francos.



Gran proyector eléctrico del faro de Helgoland

Siguiendo la progresión, encontramos que los nuevos vapores de 25 nudos de la Compañía Cunard habrán de reunir las condiciones siguientes: longitud, 228'75; fuerza, 50.000 caballos; coste, 25 millones; subvención anual, 3.750.000 francos.

Y si todavía quisiera aumentarse esta velocidad en un solo nudo, es decir, ganar 24 nudos ó 45 kilómetros diarios, sería preciso aumentar en el vapor de 26 nudos aquellas cifras en seis metros para la longitud y 16.000 caballos para la fuerza, lo cual proporcionalmente aumentaría en 3.000 las toneladas de desplazamiento y en 1.250 toneladas el consumo del carbón para una sencilla travesía del Atlántico, y en más de seis millones el coste de la construcción.

Pero aún hay más; el número de hombres empleados en las máquinas y en las calderas, que es aproximadamente de 100 en un vapor de un andar de 20 nudos, será de 150 para el de 23 nudos, de 260 para el de 25 y de 340 para el de 26.

Véase, pues, á qué exageraciones de gastos conduce la lucha por la velocidad, sobre todo cuando se llega á las marchas más rápidas que pueden obtenerse en las actuales condiciones de propulsión. Por consiguiente no hay que admirarse de que el gobierno inglés, rompiendo con sus constantes cos-

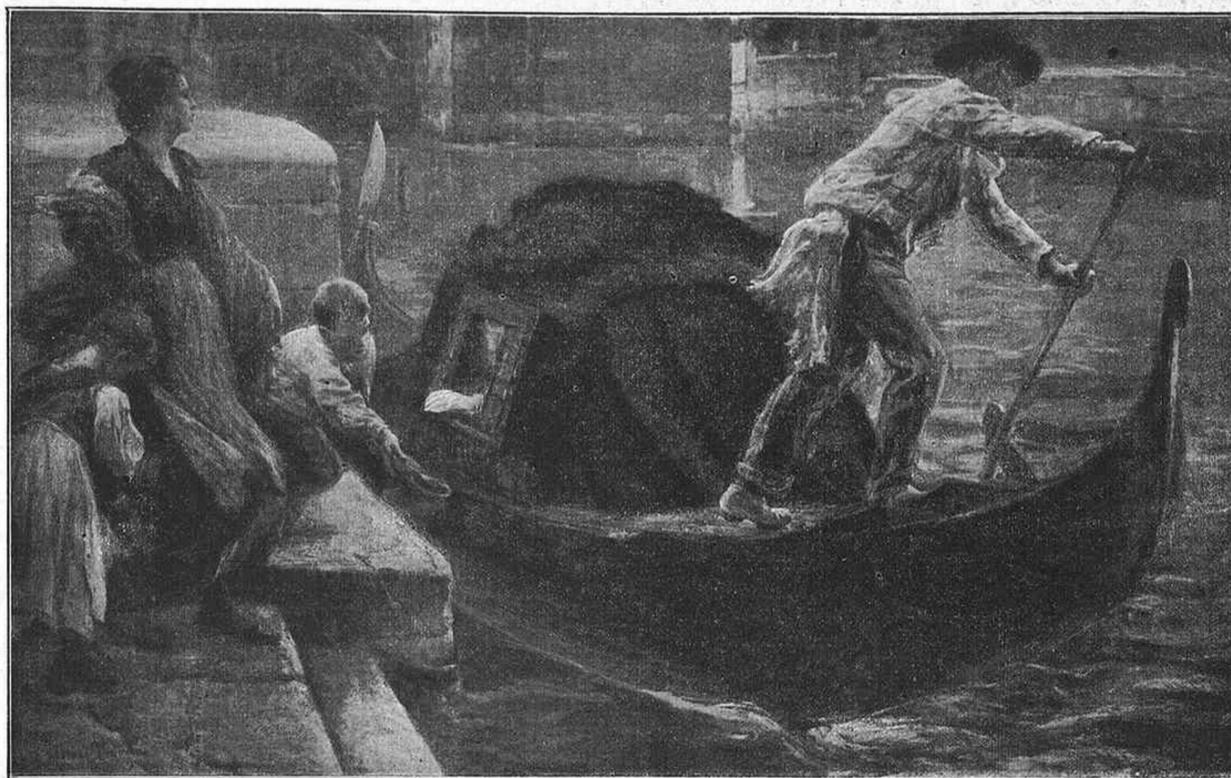
tumbres, haya consentido en prestar su concurso financiero á la Compañía Cunard para que en los vapores más rápidos vuelva á ondear la bandera de la Gran Bretaña. — X.

contra todas las neurosis, contra el alcoholismo, contra la dipsomanía, contra la pérdida de la voluntad. El método es muy sencillo y tiene algo de hipnotismo. El médico hace dormir una ó dos veces al día á sus enfermos y durante su sueño los sugestiona con algunas frases que son siempre las mismas y que no tienen más objeto que favorecer la prolongación del sueño, diciéndoles que permanezcan tranquilos y quietos. Los enfermos se despiertan de cuando en cuando para sus necesidades naturales, y después de haber comido, bebido, etcétera, vuelven á dormirse llenos de confianza. Al cabo de algún tiempo relativamente corto, dos ó tres semanas, puede ya comprobarse una mejoría: el enfermo va recobrando sus fuerzas y su espíritu se halla más equilibrado.

Con esto termina la primera parte del tratamiento, que se hace en domicilios particulares adonde el doctor va todos los días, y

luego empieza la segunda, que se verifica en un establecimiento especial en donde reside el doctor. Esta segunda parte se parece á la primera, diferenciándose de ella únicamente en que el sueño es más profundo y se obtiene del mismo modo, si bien se acentúa en él más la influencia hipnótica.

Tal es la cura del sueño, con la que, según parece, se han obtenido ya resultados positivos.



La familia del gondolero, cuadro de Alejandro Milesi

LA CURA DEL SUEÑO

En el Congreso de Alienistas y Neurologistas recientemente celebrado en Bruselas se ha tratado de la cura por «el sueño prolongado.» Esta cura se practica en Estokolmo bajo la dirección del doctor Wetterstrand, verdadero especialista de la materia, y se aplica contra diferentes enfermedades crónicas,

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

HARINA LACTEADA.

Alimento completo

NESTLE

para NIÑOS y ANCIANOS.

Contiene la Leche pura de Suiza.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA

CATARRO — ASMA — OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLYORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



El pastor muerto, cuadro de Jorge Hahn

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

Francos. 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co.
 81, St-Denis, 18

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 célebre depurativo vegetal prescrito
 por todos los medicos en los casos
 de : Enfermedades de la Piel, Vicios
 de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El
 mismo al Yoduro de Potasio. Para
 evitar las falsificaciones ineficaces,
 exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

**ENFERMEDADES
 DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
 PATERSON**
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD,
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

VINO NOURRY
 Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de
ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO
 Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.
 CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 Fia G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS